

Son Nuestros

Historias de vida de los caídos platenses en
la guerra de Malvinas



Son Nuestros

**Historias de vida de los caídos platenses en
la guerra de Malvinas**

Coordinación General
Juan Facundo Braile

Edición
Rosario Inés De Rosa

© 2025 – Juan Facundo Braile (coord.) y
Rosario Inés De Rosa (ed. general)

Este libro digital es de acceso libre y gratuito.

Se permite su copiado, distribución y uso educativo, siempre que se cite adecuadamente a los autores y no se altere el contenido original.

No se autoriza su uso con fines comerciales, ni la creación de obras derivadas que modifiquen, recorten o reescriban las crónicas aquí publicadas.

Las historias fueron elaboradas a partir de entrevistas, documentos familiares y testimonios reconstruidos con el acompañamiento de la Casa del Ex Soldado Combatiente de Malvinas de La Plata (C.E.MA) y con la participación de estudiantes de sexto año de los colegios Benito Lynch y Virgen del Pilar de La Plata.

Todas las crónicas se redactaron con rigor y respeto, sin ficcionalizar hechos ni incorporar testimonios inexistentes.

Primera edición digital.
La Plata, Argentina – 2025.

Licencia: Creative Commons BY-NC-ND 4.0
(Atribución – No Comercial – Sin obras derivadas)

A los caídos en la guerra de Malvinas. A sus familiares que sostuvieron la memoria cuando nadie más lo hizo.

Estas son sus historias. Este, nuestro homenaje.

Y a Bautista Mena Báez, estudiante de sexto año del Virgen del Pilar, cuya entrega y sensibilidad continúan iluminando este proyecto. Compañero de camino, tu paso breve dejó una huella que no se borra.

Introducción

Juan Facundo Braile

En febrero de 2024, junto a un grupo de amigos y familiares, emprendimos un viaje largamente soñado: conocer las islas Malvinas. Tras meses de preparativos volamos rumbo a Río Gallegos, la escala necesaria para alcanzar ese territorio que, aunque propio en el corazón, sigue siendo distante. Pero los vientos del Atlántico Sur frustraron nuestro anhelo: tres vuelos consecutivos fueron cancelados por condiciones meteorológicas adversas.

Antes de la tercera suspensión ya habíamos despachado las valijas. La ilusión se convirtió en desazón cuando el altavoz del aeropuerto anunció, otra vez, la cancelación. En ese instante sentimos que la suerte nos daba la espalda. ¿Valía la pena insistir y viajar por apenas tres días luego de tanta espera? Definitivamente, no.

Santiago Ruiz de Galarreta —mi tío adoptivo y principal responsable de mi sentir malvinero— me dijo que lo mejor era posponer el viaje. Su hijo Juan Manuel coincidió. Me refugié en la pequeña cafetería del aeropuerto de Río Gallegos y, no sin amargura, tomé la misma decisión: Malvinas tendría que esperar. Quise creer que todo sucede por algo, que el 2025 nos encontraría más preparados, con mejores herramientas y una comprensión más profunda de lo que significaba pisar esas tierras.

Tras doce horas de espera y gestiones para mantener abierto el pasaje, emprendimos el regreso a Buenos Aires. Aquella frustración inicial se transformó, sin saberlo, en el verdadero punto de partida: gracias a ella entré en contacto con los vetera-

nos de la Casa del Ex Soldado Combatiente de Malvinas (C.E.MA La Plata), un encuentro que cambiaría mi manera de mirar la historia.

El 2 de abril de 2024 ya no fue un aniversario más. Ese día decidí trabajar con mis alumnos de los colegios Benito Lynch y Virgen del Pilar de La Plata —donde enseño Historia y Proyecto de Investigación en Ciencias Sociales— un proyecto dedicado a los fundamentos históricos, geográficos y político-jurídicos del reclamo argentino de soberanía sobre las islas. Como cierre, invité a Antonio “Tony” Reda, veterano e integrante de la C.E.MA. Su visita fue reveladora: compartimos una sensibilidad común y una lectura similar de lo ocurrido en 1982. Desde entonces, Tony se convirtió en un aliado indispensable y en un guía para el viaje que finalmente concretamos un año después.

En enero de 2025, por fin, pudimos aterrizar en las islas. Me acompañaron Santiago, sus hijos Juan Manuel y Lucas, y Karim Sánchez, profesor en Educación Física de la Escuela de Policía Juan Vucetich. Al ver desde el aire esa geografía tan conocida y, al mismo tiempo, tan ajena, comprendí que la verdadera distancia con Malvinas no se mide en números. Solo setecientos kilómetros separan la costa santacruceña del archipiélago, pero la brecha cultural, económica y diplomática es inmensa. Pensarlas o recorrerlas exige un esfuerzo emocional e intelectual: pisarlas es enfrentarse a una mezcla de alegría, tristeza, asombro y una nostalgia difícil de explicar.

El paisaje impacta por su familiaridad: colinas, pastos duros, ovejas, cielos interminables. Todo recuerda al sur argentino, y sin embargo, algo disuena —los carteles, el idioma, los símbolos—, una extrañeza que duele y commueve a la vez. El viaje fue revelador: conocí su clima áspero, su vida rural y urbana, su orden silencioso y su belleza intacta. Con el paso de los días creció en mí un profundo respeto por quienes dieron su vida allí, nuestros verdaderos héroes.

Las Malvinas están ahí, cerca y lejos, desmintiendo la frase atribuida a Leonardo Da Vinci: “no se puede amar lo que no se conoce”. Los argentinos aman las islas aun sin haberlas pisado,

porque ese amor se ha construido colectivamente, entre generaciones, como una convicción más que como una experiencia. “Malvinizar es fomentar que la gente viaje”, nos dijo Fernando Alturria, un veterano con quien nos cruzamos en uno de los pocos supermercados de las islas. Esa frase se nos quedó grabada. Meses después, cuando supe que Fernando había fallecido en Río Gallegos, comprendí que su legado era justamente ese: mantener viva la memoria, en movimiento.

De regreso en Buenos Aires supe que debía trasladar esa experiencia al aula. Había reunido materiales, contactos, emociones y certezas: era momento de compartirlo. Así nació el proyecto Son Nuestros, enmarcado en la materia Proyecto de Investigación en Ciencias Sociales. Es una propuesta especial dentro de la asignatura: los alumnos, además de continuar con el currículo escolar dispuesto por la Provincia de Buenos Aires, se sumaron a una experiencia única de investigación.

Por primera vez, la ciudad de La Plata tendría a todos sus caídos identificados y homenajeados en un mismo trabajo colectivo. Tuvieron que pasar cuarenta y tres años para que un grupo de estudiantes se animara a hacerlo. Lo que empezó como una idea tímida se transformó en una tarea monumental: reconstruir las vidas de once platenses que murieron en la guerra.

Antonio volvió al colegio Virgen del Pilar como cierre del nuevo ciclo. En la capilla, frente a los alumnos, comenzó con una pregunta que los dejó en silencio:

—¿Conocen a alguien que haya muerto en Malvinas?

Nadie respondió. Entonces desplegó sobre los bancos las fotografías de los caídos platenses. Rostros jóvenes, miradas que se parecían demasiado a las de los propios estudiantes. En ese instante entendí que en mi tarea como docente tenía la responsabilidad de hacer algo más.

La primera persona en conocer la idea, cuando aún era apenas un esbozo, fue Bautista Mena Báez, un alumno fiel y generoso, que enfrentaba una grave enfermedad. Me dijo: “Si me ayudás con los datos, yo hago el trabajo”. Su entusiasmo fue inmenso y,

de hecho, los últimos mensajes que intercambiamos fueron sobre este proyecto.

Este año, la charla del Lynch la cerró Ricardo Carussotti, padre de una alumna —Julia— y veterano de guerra. Mientras hablaba, recibí un mensaje: Bautista había fallecido. La noticia me dejó sin palabras. Sentí que, de algún modo, su ausencia también nos convocabía.

Mis alumnos del Lynch, aún con poco tiempo de conocerme, me acompañaron con un afecto difícil de explicar. Ese día supe que ambos grupos, cada uno a su manera, estaban destinados a algo más grande: reconstruir las historias de vida de los platenses caídos en 1982.

Durante meses los estudiantes entrevistaron a familiares, amigos y compañeros de los caídos —de manera presencial y remota—, revisaron archivos, consultaron documentos y estudiaron cada fuente con la rigurosidad de verdaderos investigadores. Aprendieron a escuchar, a escribir con respeto y a comprender el valor del testimonio como un acto de memoria viva.

El proyecto creció con ellos. Los once nombres se convirtieron en rostros, los rostros en historias, y las historias en un libro que honra la vida. La participación de los ex combatientes de la C.E.MA fue fundamental: orientaron, acompañaron, abrieron puertas y compartieron su experiencia con una generosidad inmensa. Su voz le dio al trabajo una dimensión humana imposible de encontrar en los manuales.

Son Nuestros es, al mismo tiempo, un homenaje, una investigación y una lección de ciudadanía. Es la confirmación de que la escuela puede y debe ser un espacio de construcción de memoria colectiva. Los alumnos de sexto año de los colegios Benito Lynch y Virgen del Pilar lograron unir el saber académico con la empatía, la historia con la comunidad, la investigación con el amor por la Patria.

Porque Malvinas no es solo una causa, es una herida y una promesa. Y este libro —hecho con la sensibilidad de los jóvenes, el acompañamiento de los veteranos, la guía de los do-

centes y el acompañamiento de las familias— intenta cumplir con las tres cosas: recordar, comprender y seguir construyendo soberanía, palabra por palabra, nombre por nombre.

Se vuelve indispensable agradecer a todo el equipo de trabajo que hizo posible la concreción de Son Nuestros, además de, claro está, a mis queridos estudiantes.

A Tony, por su predisposición constante, su compromiso con la memoria y su presencia generosa en cada charla, en cada aula, en cada gesto. Su mirada sobre la guerra y la posguerra fue el faro que guió este proyecto desde el primer día.

A Milagros Arias, preceptora y docente, por diseñar la tapa de este libro y acompañar con sensibilidad cada instancia del proceso. Su mirada estética y su calidez hicieron de este trabajo un objeto que también transmite, desde lo visual, el respeto y la emoción que lo inspiran.

A mi hermana Rosario De Rosa, comunicadora, quien ofició de editora de cada texto y propuso la crónica como recurso periodístico-narrativo para contar estas historias, dotándolas de humanidad y profundidad. Y a mi cuñado, Francisco Benítez Serrano, por construir junto a Rosario la identidad digital del proyecto y hacer posible la existencia de la web www.sonnuestros.com.ar, que amplía este homenaje hacia nuevas generaciones y territorios.

A los familiares de los caídos, por abrir sus puertas, sus memorias y sus corazones. Cada palabra, cada foto y cada anécdota compartida fue un acto de amor y confianza sin el cual este trabajo no habría existido.

A los ex combatientes de C.E.MA La Plata, por acompañar con humildad, compromiso y verdad. Su presencia constante nos recordó que la historia no se enseña solo con libros, sino también con voces que la vivieron.

Y, por último, a mis alumnos y alumnas de sexto año de los colegios Benito Lynch y Virgen del Pilar de La Plata, verdaderos protagonistas de esta obra. Ellos investigaron, escucharon, escribieron y, sobre todo, comprendieron que recordar también es una forma de luchar. En su entrega, sensi-

bilidad, humildad y respeto, Son Nuestros encontró su sentido más profundo.

Las once historias



Néstor Miguel González

Información recopilada por

Julia Carusotti, Vicente Ottaviani,
Genaro Perazzo y Lautaro López Crespo

Colegio Benito Lynch

Sentir la Patria

Néstor Miguel González nació en La Plata el 21 de febrero de 1962. Era el segundo de seis hermanos, hijo de Raúl Horacio González y Elena Beatriz Ocaña, un matrimonio joven que había empezado a construir su vida en común con apenas veinte años. Elena dejó el trabajo para dedicarse a la casa y a los hijos; Raúl, en cambio, se subió al viejo camión del reparto de soda fundado por su padre y se hizo cargo del negocio en la zona norte platense.

La infancia de Néstor transcurrió en la casa familiar de 121 entre 33 y 34, una típica “casa chorizo” que compartían con sus abuelos paternos. El terreno se extendía hasta mitad de cuadra y en el fondo se abría un pequeño universo verde: un naranjo, un mandarino, una higuera, una parra enorme que regalaba sombra, y hasta una pileta de material levantada por su padre y su abuelo donde los hermanos pasaban sus tardes de verano.

Néstor cursó la primaria en el Colegio Nuestra Señora del Carmen, en Tolosa, pero no terminó el secundario: abandonó en tercer año, convencido de que lo suyo no era el estudio sino el trabajo. Su primer oficio lo aprendió de la mano de un tío zapatero. Más tarde abriría su propio local, El Borceguí, en calle 46 entre 5 y 6, junto a dos socios, Cucho y Olga. El nombre, con sus resonancias militares, no fue casual: coincidía con la etapa en que ya estaba cumpliendo con el servicio.

Lo recuerdan como un joven serio, maduro antes de tiempo, con un gusto especial por la formalidad. Esa disposición adulta parecía reflejarse en su estilo personal: mocasines negros impecables, pantalones de gabardina, chombas Penguin acordes

a la moda de la época. Nunca le faltaban el gel Lord Cheseline para domar el cabello crispado, un peinecito a mano y un pañuelo doblado en el bolsillo trasero. Su carácter acompañaba esa imagen: mesurado, seguro, incapaz de levantar la voz o perder la templanza.

En 1977, a Néstor lo levantó la policía. Desde niño había tenido muchos amigos con los que amaba pasar tiempo jugando o deambulando por el barrio. Esa tarde, en el horario de la siesta, un vecino enojado por los ruidos que hacían los chicos decidió llamar a la policía. En el país se vivían tiempos difíciles, y reinaban la desconfianza y el mal humor social. Al llegar el móvil policial los amigos de Néstor salieron disparando, pero él no. Néstor se quedó en el lugar, con la calma de quien sabe que no hizo nada malo. Imperturbable y valiente, esperó a los oficiales.

La policía actuó de inmediato e ingresó a Néstor en la patrulla. Casualmente su hermana menor volvía de la verdulería y se encontró absorta al ver a Néstor dentro del vehículo, por lo que corrió a su casa para alertar a su madre.

Cuando salieron, Néstor permanecía sentado con una sonrisa. No había duda: lo llevaban a la comisaría. Pero ante el revuelo, el propio vecino denunciante se presentó en el lugar y se retractó ante los oficiales. Todo quedó en un susto, pero para Néstor no sería más que una anécdota divertida de cuando tenía 15 años.

Con sus hermanos tenía un vínculo entrañable. A María Alejandra la llevó por primera vez al cine: vieron Bernardo y Bianca y El tío disparate de Carlitos Balá. Luego cerraron la salida con un helado de dulce de leche en la esquina de 8 y 51, en un banco junto a la fuente de agua. Ella lo recuerda como una persona muy atenta, que siempre ayudaba a los padres con los regalos de Navidad y Reyes. Con su hermana Patricia, la mayor, compartía casi todo: apenas once meses los separaban en nacimiento, por lo que los unían amistades y salidas conjuntas. El lazo era tan fuerte que, todavía hoy, ella no puede hablar de Malvinas.

En el clásico futbolístico platense, Néstor simpatizaba por Estudiantes; sin embargo, sólo pudo ir a la cancha una vez y la experiencia quedó empañada por disturbios que marcaron esa jornada. El fútbol apareció, entonces, como una pertenencia más en el conjunto de hábitos y deseos que lo anclaban a la ciudad.

En 1980 la familia dejó la casa de los abuelos en La Plata y se mudó a Ensenada, a la calle Bossinga. Aun con la distancia, Néstor no perdió el contacto con sus amigos de Tolosa y el casco urbano platense. Tomaba el 307 para visitarlos, y allí se quedaban jugando a la paleta criolla, al truco o escuchando música. En ocasiones preferían reunirse en casas, lejos de la calle. Sin embargo, su hermana María Alejandra recuerda los encuentros en la esquina de 121 y 34, en el almacén de don Osvaldo, donde los chicos fumaban, charlaban y se hacían grandes a su manera.

La familia González siempre estuvo muy ligada al tradicionalismo. A pesar de haber trabajado en el reparto de soda y posteriormente en una fábrica de vidrios, la Policía Bonaerense y como letrista en el municipio de Ensenada, el padre de Néstor fue, antes que nada, profesor de danzas folclóricas. Toda la familia formaba parte de las actividades de la Agrupación Tradicionalista y Campo de Pato La Montonera de Ensenada. Allí Néstor se sentía en su mundo: abandonaba el traje y los mocasines para ponerse chiripá, botas de potro y sombrero. Bailaba chacareras, pericones y huellas, miraba jineteadas y socializaba en peñas interminables. En una ocasión, junto a Patricia, ganó un concurso de danza. Con el tiempo integró la comisión directiva de La Montonera.

Néstor tenía una profunda conexión con la Patria. Dice María Alejandra que se le llenaban los ojos de lágrimas cuando llevaba la bandera sobre el caballo en algún desfile o cuando entonaba las estrofas del himno. La familia era, además, devota de la Virgen de Luján, patrona de Argentina.

Néstor parecía más grande, en apariencia y actitud. Cuando atendía en El Borceguí, su meticulosidad y prolividad lo hacían

atractivo para muchas de sus clientas. En ese sentido, se caracterizaba por tener éxito y varios encuentros amorosos. El más significativo, sin embargo, fue en La Montonera, donde conoció a Esther, una mujer doce años mayor que se convirtió en su pareja de baile y en un vínculo discreto, preservado en la intimidad.

María Alejandra recuerda a Esther porque Néstor la llevó varias veces a su casa. Dice que para mantenerla entretenida la llenaba de golosinas y la dejaba ver cualquier programa de la tele. Ella no entendía, pero tampoco cuestionaba. En una carta de Esther que Néstor jamás recibiría, había escrito: “No me olvido el beso que me diste el 20 de julio y el chocolate que me trajiste”.

Un momento muy recordado por su familia fueron sus dieciocho años, festejados, como era de esperarse, en La Montonera. Fue una sorpresa. Néstor salió de la zapatería y fue para Ensenada, donde lo recibieron su familia y amigos. Como gesto simbólico, su abuelo y su padre le dieron un cigarrillo. “Ya tenés dieciocho, ya podés fumar”. Claro que Néstor ya fumaba a escondidas y desde mucho antes. Para disimular, prendió el cigarro y tosió falsamente en repetidas ocasiones. Seguidamente, su tía le entregó las llaves de un auto: también podía manejar. Néstor no dudó y se subió al coche, pero tras una mala maniobra acabó estampado contra la tranquera, para la risa de todos los presentes.

Llegado el año 1982, Néstor fue requerido para defender la Patria. Previamente había sido convocado para el servicio militar. Cuando se enteró, él no dijo nada. El fin de semana de pascuas criollas en La Montonera fue a ayudar a servir la comida. Cuando terminó, les informó a sus padres que se tenía que presentar al regimiento porque posiblemente viajarían al sur. Dijo que tenía que ir a Chubut, que harían un relevamiento en la montaña y que los patagónicos, mejor equipados, irían a Malvinas luego de ser reemplazados por ellos. Sin embargo, el viaje no fue a Chubut sino a Río Gallegos, desde donde fueron embarcados para las islas.

Los días previos a su partida mostró una mezcla de orgullo y normalidad: se alegraba por viajar en avión —la experiencia era nueva para muchos— y recordaba un viaje anterior a Rio Grande do Sul, Brasil, para un rodeo criollo con sus padres y Patricia. Al despedirse de su padre, antes de subir al micro, exclamó: “¡A estos gringos los vamos a cagar a tiros, papá!”. Tenía 20 años.

Néstor integró la Compañía C del Regimiento 7 en Wireless Ridge, entre el monte Longdon y Moody Brook. Durante su estadía en la guerra, envió varias cartas. En una de ellas le contó a su abuela que, junto a sus compañeros de trinchera, había atrapado un pajarito que ataron de la pata y que permanecía junto a ellos como mascota. La abuela creyó la historia y le respondió que compraría una jaula para albergarlo a su regreso. Cuando María Alejandra viajó a las islas muchos años después, le resultaría difícil confiar en esa historia. Posiblemente se trató de un invento de Néstor para desviar la atención de sus familiares, y principalmente de su querida abuela, y no contar los pormenores de la guerra.

Sí relató que pudo bañarse después de un mes y que había disfrutado enormemente la carne de oveja cocida en su propia grasa. Dijo que iba a pasarle la receta a su padre al regresar. La carta a Raúl se caracterizó por una gran sensibilidad y ternura. Sorprendente, porque con su padre la relación siempre había sido cordial pero distante, típica de la época: sin abrazos ni palabras de afecto. Néstor también dijo que los combates se escuchaban lejos, como si fueran un problema inalcanzable.

Aún así, la guerra los alcanzó. En la última carta de Néstor, dice que el Regimiento 7 y el BIM 5 eran los últimos, y que si los ingleses llegaban hasta sus posiciones no quedaba más remedio que rendirse, que se quedaran tranquilos respecto a su regreso. Sin embargo, el 12 de junio de 1982 Néstor murió en el bombardeo desde el monte Longdon, que había sido tomado por los ingleses, sufrido por la compañía C. Su cuerpo fue llevado a la cocina junto con el de José Luis Rodríguez y luego recibió un segundo impacto que lo dejó sin sus dos piernas, a-

quellas que lo acompañaron en eternas jornadas de danza, jineteadas y torneos callejeros de paleta. El cuerpo de Néstor fue encontrado en la montaña en noviembre de 1982, poco antes del aniversario número 100 de La Plata, en el que los tradicionalistas bailaron un pericón dirigido por Raúl en Plaza Belgrano. Era la primera vez que el padre se vestía de gaucho desde la muerte del hijo.

Néstor siguió presente luego de su muerte. María Alejandra narra que existieron distintos reconocimientos, fundamentalmente en Ensenada. La Plata, la ciudad donde había vivido dieciocho años y fundado su negocio, tardó mucho en recordarlo. El 9 de julio de 1982, el Intendente de Ensenada entregó a Raúl y Elena una medalla. La guerra había terminado hacía poco menos de un mes. Un año después, se nombró una calle en su honor.

El padre de Néstor impulsó la construcción de un monumento en la plazoleta Combatientes de Malvinas. Él había conseguido los caños para los mástiles y donaciones de una pinturería y un corralón, pero el gobierno local no lo aceptó, por lo que Raúl lo interpretó más como una ocasión para obtener un rédito económico o aprovecharse políticamente que como un verdadero homenaje. Esto lo alejó de los actos oficiales hasta el cambio de gestión. Aún así, antes de cada 2 de abril era él mismo el que se ocupaba de pintar el monumento, ordenarlo y ponerle plantas.

La madre de Néstor, Elena, también participaba de los homenajes y cada 12 de junio realizaba una misa en su honor. De igual modo, la gente de La Montonera lo recuerda ese día con un responso desde hace más de cuarenta años.

Por último llegó el jardincito. En Ensenada había un jardín de infantes estatal que se llamaba Walt Disney. Raúl, que era letrista y dibujante en la Municipalidad, había sido el encargado de rehacer el cartel con la tipografía oficial y algunos personajes emblemáticos. María Alejandra recuerda el asombro porque un jardín público tuviese ese nombre: “Mirá si habrá nombres para elegir”, había dicho Raúl. Más adelante,

en 2010, ese mismo jardín sería renombrado en honor a Néstor González. El dato curioso es que Roxana, su directora, había sido compañera de colegio y amiga de María Alejandra al momento de la guerra. De hecho, fue una de las primeras en abrazarla cuando dijo que Néstor no volvería.

El recuerdo de Néstor permanece también en quienes compartieron su corta vida junto a él. María Alejandra comenta que, tiempo después de su muerte, ella caminaba por el centro de La Plata cuando se topó con una foto de su hermano. Tras el impacto inicial, se detuvo a mirar con más detalle: un local, el dibujo de un borceguí y las inconfundibles letras de su padre. La zapatería. Decidió entrar y allí la recibió Cucho, el socio de Néstor. “¿Quién sos? ¿Tuchi o Michi?”. El parecido de los hermanos era claro. “Tuchi”, respondió María Alejandra, evocando su apodo familiar. Se abrazaron largamente y Cucho se dirigió al mostrador. “Te voy a mostrar algo, pero no te lo voy a dar porque es mío”. Entonces le extendió a María un cuaderno Gloria de hojas amarillentas, con letra de Néstor. Ahí estaban todos sus gastos, prolijamente sistematizados: Alquiler, Ropa de Tuchi, Hotel... “Era terrible tu hermano con las clientas”, bromeó Cucho para sorpresa de María Alejandra.

El acercamiento a la Casa del Ex Soldado Combatiente de Malvinas (C.E.MA) permitió a la familia seguir encontrando retazos de Néstor. María Alejandra relata dos grandes momentos. En primer lugar, el reencuentro con Esther, hoy fallecida, cuando coincidió en una mercería con una joven participante de la C.E.MA que estaba comprando un sticker de las Malvinas, y acabaron hablando de Néstor. Eso permitió el contacto con las hermanas, que pudieron intercambiar anécdotas y recuerdos. Por ejemplo, que antes de ser citado al Regimiento, Néstor había dormido en casa de Esther.

A través de la C.E.MA, también, María Alejandra pudo conocer a Marcelo, un soldado que había compartido su tiempo en las islas junto a Néstor. En ese momento, su hermano quería conseguir una moneda de Malvinas para incorporar a su tira-

dor de paisano. Con ese objetivo, le pidió a Marcelo que fuese a comprar cualquier cosa y que volviera con las monedas. Finalmente se desencontraron, y Marcelo se quedó con una moneda que tenía la cara de la Reina Isabel II. A pesar de haberse enterado del fallecimiento de Néstor, la guardó durante décadas y finalmente pudo entregársela a María Alejandra. Recién entonces Marcelo pudo cerrar una herida que llevaba abierta treinta y cinco años.

La familia de Néstor ya no siente rabia ni odio a los ingleses. Sí sostienen una permanente exigencia de respeto a los soldados argentinos y, claro está, la devolución de las islas. María Alejandra define Malvinas como una asignatura pendiente y una lucha hasta el final. Sus padres quedaron en el camino, pero ella mantiene vivo el legado de Néstor en cada acción. Dice que siempre tiene la necesidad de volver al cementerio. También, que desde la identificación del cuerpo y la visita al lugar de la muerte, gran parte del capítulo pudo cerrarse. “Sabemos dónde está, sabemos que está ahí, y sabemos que hoy ocupa un lugar trascendental en la historia de esta Patria que tanto amó”.



Juan José Arrarás

Información recopilada por

Ana Fernández Bellizzi, Ciro Benites,
Santiago Laborde y Franco Riccio

Colegio Benito Lynch

Bautismo de fuego

El paracaídas ardía en el aire como una bandera de fuego. Sus compañeros vieron cómo la figura de Juan José Arrarás descendía sin remedio sobre el mar frío y bravo, a pocos kilómetros de la costa. El impacto de un misil Sidewinder en la cola de su A-4 lo había obligado a eyectarse. Por un instante pareció que había esperanza: la cápsula disparada, el paracaídas desplegado. Pero el fuego lo devoró antes de tocar el agua.

Era el 8 de junio de 1982. La escuadrilla había partido de Río Gallegos a las 17:15, después de insistentes pedidos de los pilotos tras el desembarco británico en Bahía Agradable, en la isla Soledad, esa misma mañana. Arrarás estaba entre ellos. En medio de la tensión, lo distinguía una calma extraña, contagiosa, que convivía con la firmeza de su carácter. Siempre había estado espiritualmente sereno, dispuesto a enfrentar el riesgo que implicaba cumplir una misión de guerra.

La formación era reducida: apenas cuatro aviones pudieron lanzarse tras el reabastecimiento de combustible. El Primer Teniente Bolzán como guía, Arrarás de numeral dos, el Primer Teniente Sánchez como tres y el Alférez Vázquez cerrando. Al principio volaron en silencio radioeléctrico a unos 3500 metros de altura, para evitar la detección de los radares chilenos que transmitirían la información a la flota inglesa y la de radares ingleses desde las islas. Posteriormente, a 150 kilómetros de la isla Gran Malvina volaron rasantes, tan bajos que parecían dibujar surcos en el mar. Desde el sur de la isla se dirigieron al Puerto Fitz Roy, al norte de Bahía Agradable.

El cielo comenzó a encenderse de fuego enemigo: ráfagas de la in-

fantería británica, misiles tierra-aire que surcaban el aire y el resplandor todavía vivo de los buques atacados esa misma mañana por los compañeros del Grupo 5 de Caza.

Al llegar a la entrada del Seno Choisel apareció una lancha de desembarco inglesa. El guía inició el ataque y Arrarás lo siguió sin dudar. Sus bombas dieron de lleno en el blanco: un golpe certero en medio del caos. Detrás, el Primer Teniente Sánchez quedó como espectador obligado de una secuencia feroz: explosiones, virajes apretados, el rugido de los motores. Y, de pronto, los Sea Harrier. Dos misiles lanzados a quemarropa; uno de ellos, directo contra Arrarás. El resto es la imagen imborrable que quedó en los ojos de sus compañeros: un avión alcanzado, una eyección a tiempo, un paracaídas que se abre. Y el fuego que lo consume en el aire, acabando la proeza de uno de los mejores pilotos que dio la Argentina.

Y es que a Juan le apasionaba la aviación. Ese interés había nacido mucho antes de la guerra, en los años de su infancia en La Plata, cuando comenzó a forjarse una personalidad marcada por dos mundos que parecían opuestos pero que en él convivían sin conflicto: la espiritualidad que encontró en el Seminario San José y el magnetismo que le producían los aviones que cruzaban el cielo. Esa doble vocación —la fe y el vuelo— lo acompañaría siempre, y sería el hilo conductor de una vida breve pero intensa.

Juan José Arrarás nació el 23 de mayo de 1957 en la ciudad de La Plata. Era hijo de Eliseo Gabriel Arrarás Vergara, platense, y de Clara Mercedes Isasmendi Solá, salteña. Creció en una familia numerosa junto a sus hermanos Clara Mercedes, Eliseo Antonio, Ignacio Miguel, María Magdalena y Martín Javier. Diez años separaban a la hermana mayor del menor, y esa diferencia de edades hacía que la casa estuviera siempre llena de voces, juegos y pequeñas disputas. María Magdalena recuerda esos años como un tiempo alegre, marcado por la calidez del hogar y los valores sólidos que sus padres transmitieron desde temprano. De Juan dice que era el conciliador: el que calmaba las aguas y sabía reunir a todos después de una pelea.

La casa familiar estaba en la calle 59 entre 20 y 21, a pasos del Parque Castelli. Siempre había movimiento: hermanos, amigos, vecinos. Era un hogar abierto, de puertas que parecían no cerrarse nunca. Los fines de semana, en cambio, la rutina cambiaba de escenario: la familia viajaba al campo que tenían entre Magdalena y Chascomús. Allí, entre árboles y pastizales, Juan encontraba otro refugio. Todavía hoy, en ese lugar, se guardan algunas de sus cosas.

Juan hizo la primaria en la Escuela N.º 10 “Ricardo Gutiérrez” y la secundaria en el ex Normal 3 de La Plata. Desde temprano mostró un carácter disciplinado y sereno, pero también un fuerte compromiso con los demás. Era de esos alumnos que se destacaban no solo por las notas —siempre buenas— sino por la responsabilidad y el compañerismo. Un chico aplicado, serio, pero sin perder la cercanía y la solidaridad que lo hacían querido en el aula.

Desde chico, Juan tuvo una inclinación profunda hacia lo religioso. María Magdalena recuerda que en el Seminario Mayor de la calle 24 se hizo amigo de todos los seminaristas, como si hubiera crecido entre ellos. En una mudanza familiar, incluso, aprovechó para donar un órgano que tenían en la casa. Esa participación lo llevó a plantearse en serio la posibilidad de seguir la vida sacerdotal.

Pero más fuerte que la vocación religiosa fue el deseo de volar. Juan levantaba la vista cada vez que un avión cruzaba el cielo y hablaba con insistencia de ser aviador militar. En la familia nadie tenía antecedentes castrenses: ni su padre ni sus hermanos estaban vinculados al mundo militar. Por eso sorprendía esa convicción. A su padre, de hecho, no le gustaba demasiado la idea: la Argentina arrastraba una seguidilla de golpes de Estado y un rol cuestionado de las Fuerzas Armadas. Pero Juan no cedía. Convenció a su padrino para que lo apoyara, y fue él quien lo llevó a una maestra particular que lo preparó para rendir el exigente examen de ingreso a la Escuela de Aviación, en Córdoba.

La evaluación era muy estricta. El proceso incluía pruebas físi-

cas como flexiones de brazos, flexiones de tronco y trote aeróbico, un examen psicotécnico y un examen médico completo. Juan viajó solo a Córdoba para rendir. Su familia estaba en Salta, como todos los veranos. María Magdalena recuerda haber recibido su telegrama: *Entré a la escuela de aviación.*

La familia entera viajó a Córdoba para acompañarlo cuando le entregaron el uniforme. Era el inicio de una carrera que se consolidaría cinco años después, con su graduación como alférez. De allí en más, su vida estuvo marcada por los traslados y el entrenamiento constante. Primero Mendoza, en la IV Brigada Aérea, donde se formó como piloto de combate. Luego Villa Reynolds, en San Luis, donde voló los A-4B Skyhawk, aviones de ataque ligero que serían su herramienta de guerra en 1982. Allí comenzó a destacarse por su profesionalismo, su seriedad y su disposición a asumir riesgos.

En Córdoba, Juan conoció a Mónica, una joven de familia ligada a la aviación. Compartían ese mundo de hangares, motores y vuelos. La relación duró tres o cuatro años y, al momento de la guerra, uno de los mayores sueños de Juan era casarse con ella. La historia de Mónica guarda un giro inesperado: un pariente suyo también se eyectó de un avión durante el conflicto, pero logró sobrevivir a las aguas heladas. Juan nunca llegó a enterarse de ese rescate. Hoy Mónica está casada, pero mantiene el vínculo con la familia Arrarás. María Magdalena recuerda que llamó a sus hijos con nombres inspirados en la familia de Juan, como un modo íntimo de mantenerlo presente.

El último recuerdo que tiene María Magdalena de Juan en persona fue en la Navidad de 1981 en la casa de calle 59. Luego las fiestas serían mucho más amargas. El post Malvinas fue muy difícil por la incertidumbre sobre el destino de Juan. La familia recibió la noticia de que había logrado eyectarse del avión con el paracaídas en llamas. Esa mínima posibilidad de supervivencia alimentó durante semanas la esperanza de un rescate. Revisaban con ansiedad cada lista de rescatados, buscando su nombre. Pero ese nombre nunca apareció.

La historia de Juan no encaja en la imagen más difundida del soldado de Malvinas. Su condición de militar de carrera hizo que la guerra no lo sorprendiera con un llamado imprevisto, sino como una misión para la que estaba preparado y dispuesto. Había elegido defender la Patria y entendía ese rol como un deber. Tampoco llegó a pisar el territorio de las islas: su guerra transcurrió en el aire. Desde el 1º de mayo, los pilotos despegaban, combatían y regresaban a la Argentina. En esas pocas semanas quedaron registros: fotos en los hangares, imágenes de los vuelos y una que la familia destaca con especial emoción, donde Juan recibe la comunión en Río Gallegos.

Según recuerda María Magdalena, una vez por semana lograban hablar con Juan por teléfono. Siempre repetía lo mismo: que estaba bien, que no se preocuparan. Tal vez lo hacía para tranquilizar a la familia, tal vez porque realmente encaraba todo con esa mezcla de optimismo y serenidad que lo definía. Incluso en medio de la guerra, transmitía calma.

Malvinas fue el bautismo de fuego de la Fuerza Aérea Argentina, y Juan formó parte de esa gesta irrepetible. Volaba un avión monoplaza, solo, con la responsabilidad absoluta sobre cada maniobra. Los pilotos enfrentaron un combate para el que no existían manuales: aprendieron en plena guerra a volar rasante para escapar a los radares, tan bajo que el agua salada del mar se les pegaba al parabrisas. En medio del caos diseñaron hasta un aceite especial para recuperar visibilidad. No tenían autonomía de combustible y debían reabastecerse en vuelo, a velocidades que parecían imposibles. Para los ingleses resultaba incomprendible cómo aquellos pilotos, en máquinas más viejas, lograban aparecer una y otra vez y golpearlos con semejante fiereza.

Ese arrojo tenía en Juan un motor íntimo: el convencimiento. Él sabía lo que quería hacer y lo hizo. Nunca dudó. Tenía apenas veinticuatro años, una vida que recién empezaba. Pero asumió la guerra como una misión propia y no se achicó. Lo recuerdan como un hombre que estaba en paz con la decisión tomada, consciente de los riesgos y convencido de la causa Malvinas.

La madre de Juan vivió hasta los 94 años. Firme, de pie, con una salud inquebrantable, asistió a cada acto vinculado con Malvinas. Para los compañeros de su hijo se convirtió en algo así como una madre colectiva. Sufrió, como todas, la ausencia, y también la desidia del Estado, que nunca la reconoció como debía. Pero nunca dejó de llevar con entereza el nombre de su hijo.

Con el tiempo, el nombre de Juan se multiplicó en aulas, escuelas de fútbol, instituciones que lo recordaron sin que la familia lo esperara. En Córdoba y San Luis, en La Plata y más allá, surgieron homenajes que sorprendieron a todos. Un escultor propuso levantar un monumento y hoy, en el Parque Castelli, frente al Seminario al que Juan iba de joven, se alza su figura de bronce. Allí, en ese mismo barrio donde jugó, rezó y soñó, quedó para siempre su memoria. En la Plaza Malvinas de La Plata, su apellido encabeza la columna de los caídos: Arrarás, primero entre todos.

Para la familia, Malvinas nunca fue sinónimo de rencor. “Cada uno hizo lo que tenía que hacer”, repiten, recordando incluso gestos de respeto llegados desde el Reino Unido. Lo que sí dolió fue la indiferencia en su propio país: el desinterés oficial, el maltrato a su madre que jamás recibió la obra social, la utilización política de la causa. El cuerpo de Juan nunca fue encontrado, pero para la familia Juan siempre estará en el mar de las Malvinas, ese que eligió como destino. Y sobre todo, en la memoria de un país que todavía busca aprender lo que significó aquella guerra.



Néstor Omar Sandoval

Información recopilada por

Milagros Padulo, Camila Cantou,
Micaela León y María Pilar Arguero

Colegio Virgen del Pilar

El hombre que eligió el mar

El mar del sur lo había llamado mucho antes de la guerra. No fueron la Patria ni la bandera las que lo empujaron hacia esas aguas heladas, sino una fascinación más íntima: el paisaje, el silencio, la vida en los confines. Desde su primer viaje a la Antártida, Néstor Omar Sandoval sintió que en el sur argentino —hostil, inmenso y deslumbrante— estaba su lugar en el mundo. Y fue allí, precisamente, donde encontró su destino, aunque no de la manera que él y su familia habían imaginado.

Casi toda su vida estuvo ligada al mar. Hijo de Silverio Sandoval y Rosa Garbo, Néstor creció en una familia trabajadora y honesta. Su padre era uno de los hijos de un terrateniente del partido bonaerense de General Lamadrid, pero, tras una relación conflictiva con él, abandonó su casa siendo muy joven y llegó a La Plata sin nada más que su voluntad. Allí conoció a Rosa, que dedicaría su vida al hogar, y consiguió empleo como casero en la Asociación de Maestros de calle 12 y 60, donde la familia vivió durante muchos años. Más tarde, Silverio obtuvo un puesto como docente en el Colegio Industrial Albert Thomas. En esa misma escuela, Néstor cursó el secundario técnico hasta quinto año y, cuando le faltaba solo un año para recibirse de Maestro Mayor de Obras, decidió dejar los estudios para trabajar y ayudar a su familia.

De adolescente ya mostraba gran predisposición y voluntad de trabajo. Desde los trece años lavaba autos en una estación de servicio. A sus dieciocho, un grupo de empresarios vinculados a la navegación lo notó por su prestancia y buenos modales. Poco después le ofrecieron una oportunidad que cambiaría su vida pa-

ra siempre: embarcarse como mozo en los comedores de cruceros europeos de la Marina Mercante. Néstor no lo dudó. Tenía el porte —medía 1,92 metros—, la presencia y la educación que el oficio exigía. Aprendió inglés y portugués y comenzó sus largas travesías por los puertos del Mediterráneo y del Atlántico. En esos primeros años conoció el pulso del océano, aprendió los oficios del barco y la vida nómada. También experimentó el peso de la distancia y el dolor de extrañar a los suyos. En poco tiempo ascendió a maître del comedor principal.

La vida en el barco tenía un ritmo propio, ajeno al del continente. No había días iguales. La rutina era rigurosa —guardias, limpieza, mantenimiento, comidas en horarios fijos—, pero entre los tripulantes se forjaba una camaradería singular. Compartían todo: el trabajo, los silencios, las celebraciones improvisadas y hasta los temores. En esas largas travesías, el barco se convertía en un pequeño mundo cerrado donde las jerarquías se desdibujaban y la confianza se volvía esencial. Los marinos se trataban como una familia, conscientes de que, en alta mar, el otro podía ser la única certeza. Esa sensación de segundo hogar fue la que mantuvo a Néstor convencido de su vocación.

En una de sus licencias en tierra, Néstor conoció a María de las Mercedes, quien sería su esposa y madre de sus hijos. Se cruzaron por primera vez a la salida de un cine de La Plata. Ella tenía veintitrés; él, veintiséis. Comenzaron una relación paciente, sostenida a pesar de las ausencias, y se casaron seis años después, cuando Néstor tenía treinta y dos. La casa que construyó para su familia estaba en la calle 20 entre 69 y 70.

Del matrimonio de Néstor y María de las Mercedes nacerían Liliana, Andrea y Julián, con apenas un año y medio de diferencia entre cada uno. Su mujer ya lo había conocido navegando, pero con el tiempo empezó a reclamar una mayor presencia de Néstor en casa. Fue entonces cuando, algunos años más tarde, decidió pasar a la flota argentina de la Marina Mercante, con viajes más cortos en buques de carga y también

en buques de pasajeros de la Empresa Líneas Marítimas Argentinas (ELMA), los primeros y únicos cuyos cruceros argentinos realizaban viajes a la Antártida. En esos cruceros viajaban muchos turistas, entre ellos el primer matrimonio celebrado en el continente helado. Durante esos años, Néstor se desempeñó como marino civil y *maître* y conoció por primera vez el sur argentino.

La empresa ELMA, creada en 1960 por la fusión de la Flota Mercante del Estado y la Flota Argentina de Navegación de Ultramar, fue durante años un símbolo de soberanía económica y orgullo industrial. Llegó a contar con más de sesenta buques y rutas hacia todos los continentes. Transportaba carga argentina y abastecía los puertos del sur y las estaciones científicas del extremo austral del mundo, siendo la única compañía que realizaba viajes hasta allí.

Entre su flota también operaban algunos cruceros, y el más emblemático de ellos fue el Alberto Dodero, el primer buque argentino de pasajeros que navegó regularmente hacia la Antártida. Néstor participó en los cinco cruceros antárticos que realizó ese barco, una continuidad excepcional incluso dentro de la tripulación. Mientras muchos marinos evitaban aquellas travesías por su dureza, él las esperaba con entusiasmo. En esos recorridos descubrió su fascinación definitiva por el sur: el hielo, el viento, la luz cambiante y la sensación de estar en el límite del mundo.

Aquellas travesías al sur lo marcaron para siempre. Entre costas escarpadas y ventosas, cielos interminables, el silencio profundo de los glaciares y el bramido del mar, Néstor se encontró cautivado. Le fascinaba esa belleza sin artificios, el ritmo hipnótico de las olas, la vastedad que obliga a mirar hacia adentro. En cada viaje llevaba una cámara con la que retrataba paisajes glaciales y varios libros que lo acompañaban en cubierta. “Tenía un carácter particular, reflexivo y solitario”, dice Julián: “Disfrutaba de leer, de pensar. En esos viajes donde muchos se aburrían, mi viejo se encontraba consigo mismo”. Néstor era, además, fanático del *Martín Fierro*, libro que llevó

consigo en muchos de sus viajes. Tanto era su favoritismo por el poema gauchesco que era capaz de recitarlo de memoria para su familia y compañeros tripulantes.

Con el golpe de Estado de 1976, la empresa ELMA fue intervenida por las Fuerzas Armadas. Durante esos años se paralizó parte de su actividad, se desmantelaron rutas y se redujo la planta de trabajadores. Muchos barcos y su personal pasaron a depender de Transportes Navales, una división que quedó bajo la órbita de la Armada Argentina. Fue allí donde Néstor logró jerarquizar formalmente el cargo de Mayordomo, con el apoyo de algunos capitanes y del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos (SOMU), que reconocieron su experiencia y su empeño por dignificar el oficio. En este período siguió embarcado en rutas del Atlántico Sur y las Islas Malvinas, como personal civil de la Armada, donde transportaban ovejas e instrumental odontológico. Años antes de la guerra pudo familiarizarse con las islas, sus recorridos y su vida cotidiana, que ya no le eran ajenos cuando el conflicto comenzó.

En febrero de 1982, la familia Sandoval disfrutaba de unas vacaciones prolongadas en Santa Teresita. Una mañana, mientras caminaban por el centro, Néstor se detuvo en un puesto de diarios y revistas junto a su hijo Julián. Compró un ejemplar del diario Clarín y, al desplegarlo, se sorprendió al leer que el ARA Isla de los Estados, barco en el que navegaba, ya se encontraba en las Islas Malvinas desde comienzos de año. Julián recuerda el momento con claridad: la expresión y la actitud de su padre cambiaron, como si hubiera comprendido algo que los demás aún ignoraban. Desde entonces, notó en él una preocupación contenida que se mantuvo hasta el regreso a La Plata. Cuando la familia volvió a casa, el clima era distinto: Néstor estaba inquieto, seguía las noticias con atención y hablaba en secreto con su esposa Mercedes para que no se enteraran sus hijos.

El 23 de abril de 1982 fue convocado. Viajó en el avión Hércules desde la base aérea de El Palomar y fue trasladado a Malvinas. Allí embarcó en el buque Mendoza y luego fue trasladado al ARA

Isla de los Estados. Tenía licencia y podía no ir, pero aceptó porque el mayordomo designado se había excusado por un accidente. A bordo viajaban veinticinco tripulantes: dieciséis civiles y nueve militares. Había sido un buque de transporte costero, con casco de acero y propulsión diésel, adaptado para misiones logísticas. En plena guerra se lo destinó al traslado de combustible aéreo, alimentos, medicamentos, cohetes para las tropas apostadas en las islas y minas que colocaba en el estrecho de San Carlos. No estaba preparado para semejante carga explosiva, por lo que muchos lo describían como “una bomba de tiempo flotante”. Aun así, fue asignado a misiones de apoyo, abastecimiento a las islas, en condiciones precarias y bajo permanente amenaza británica.

El 10 de mayo de 1982 aproximadamente a las 22:10 hs, en el estrecho de San Carlos, el Isla de los Estados fue atacado por la fragata británica HMS Alacrity. Según los registros de guerra británicos, la nave fue identificada por radar durante la noche y alcanzada por varios proyectiles de 114 milímetros. La explosión partió el casco y provocó un incendio inmediato. De los veinticinco tripulantes, solo dos sobrevivieron: el Capitán de Corbeta Alois Esteban Payarola y el civil Alfonso “Gallego” López, de nacionalidad española.

Los testimonios indican que Néstor estaba en cubierta junto a los compañeros y personal militar mencionados cuando comenzaron los bombardeos. Todos alcanzaron a colocarse los salvavidas y él fue el primero en saltar al mar, y desde entonces no lo volvieron a ver.

A unos 1900 kilómetros, en La Plata, la familia Sandoval veía una película alrededor de las once de la noche cuando la transmisión se interrumpió con la noticia: se había perdido contacto radioeléctrico con el Isla de los Estados. Poco después, otro comunicado confirmó que se habían hallado restos del barco. Días más tarde, una camioneta de la Armada llegó a su casa para confirmar las malas noticias.

El cuerpo de Néstor fue arrastrado hasta la costa y recuperado al día siguiente del ataque. Fue uno de los pocos identificados. Jun-

to al del capitán Bottaro fue enterrado primero en una tumba provisoria y luego trasladado al cementerio de Darwin, donde descansa hasta hoy. Liliana, su hija mayor, recuerda con cierta curiosidad una conversación en la que Néstor le dijo que, cuando muriera, le gustaría descansar en un lugar alto, bajo un cielo límpido, rodeado de mar, viento y silencio. A Julián, por su parte, le dijo que quería morir en el sur y que su cuerpo fuese arrojado al mar. “Es como si hubiera elegido el lugar donde morir”, dijo Liliana.

Néstor fue el único civil de La Plata caído en la Guerra de Malvinas. El caso del Isla de los Estados simboliza una dimensión poco visible del conflicto bélico: la de los civiles que participaron en tareas logísticas o de transporte y cuya entrega rara vez fue reconocida. Durante la guerra, la frontera entre la Armada y la Marina Mercante se volvió difusa. Muchos buques civiles fueron puestos al servicio sin equipamiento adecuado ni garantías mínimas de seguridad. Sus tripulaciones aceptaron el riesgo, con una mezcla de deber, sentido de pertenencia nacional e indudable heroísmo.

En 1991, Julián y su hermana Liliana, viajaron a las islas junto a la Cruz Roja Internacional para visitar la tumba de su padre. Salieron de Ezeiza por la mañana y llegaron al mediodía. Desde el aeropuerto de las islas eran trasladados al Cementerio de Darwin por medio de cinco helicópteros con capacidad para quince personas cada uno, y esos trasladados se debieron hacer en varias tandas dada la cantidad de familiares. El viaje estaba estrictamente regulado por las autoridades británicas: los pasajeros debían bajar las ventanillas al aterrizar para no ver el aeropuerto militar y les retiraban las cámaras antes de despegar, que recién les serían devueltas en el cementerio de Darwin. Las azafatas no podían ser argentinas —por disposición del Reino Unido—, aunque los pilotos sí lo eran. Cada detalle del trayecto buscaba evitar cualquier gesto que pudiera interpretarse como una reivindicación política. En ese clima silencioso y tenso, el grupo permaneció durante el día. Cerca del atardecer, el avión despegó nuevamente hacia Buenos Aires. En otros viajes poste-

riores organizados por la Comisión de Familiares, el Ministerio del Interior y Cancillería, los grupos pudieron permanecer hasta una semana, cumpliendo un itinerario humanitario que era, a la vez, un acto íntimo de despedida, homenaje personal a todos los caídos y un reclamo de memoria.

Néstor quedó inmortalizado en su barrio por impulso de la Comisión Permanente de Homenaje a Malvinas. El reconocimiento, ubicado en 72 y 23, incluye una foto que lo refleja joven, caminando por Tierra del Fuego, su lugar predilecto en el mundo. A la inauguración del monumento acudieron alrededor de cien personas que eligieron recordar a Néstor en una tarde calurosa de diciembre.

Para Julián, Malvinas fue un punto de inflexión: en su momento una tragedia y hoy, motivo de orgullo. Piensa en su padre como un héroe que, además de dar su vida, eligió prestar servicio en la guerra por voluntad propia. Con todo ello, considera que el reconocimiento a Néstor no es suficiente, porque la sociedad no es del todo consciente del sacrificio de los civiles en Malvinas.

Más de cuarenta años después, la figura de Sandoval resume esa entrega silenciosa: la de un trabajador del mar que cumplió su tarea hasta el final, movido por la lealtad, un profundo sentido del deber y la profecía autocumplida del sur como destino.



Osvaldo Luis Fregote

Información recopilada por

Candela Massa, Agustina Pérez Acha,
Santiago Pérez Taborda y Joaquín Moreda

Colegio Virgen del Pilar

El muchacho del Belgrano

La casa de los Harispe, en calle 64 entre 3 y 4, era amplia y tranquila. En las tardes de domingo, la música clásica se mezclaba con el tintinear de copas y tazas de té. Dora Bonesatti, pianista de profesión y figura cultural de su época, conversaba animadamente mientras sus nietos corrían por los pasillos. Entre ellos estaba Osvaldo Luis Fregote, que no era su nieto biológico pero sí por adopción: había llegado con su madre muchos años antes y ya era parte de la familia. En aquella casa de techos altos, libros, lámparas de cristal, pianos de cola y partituras, encontró un hogar estable, el hogar que lo adoptó sin condiciones.

Osvaldo nació en La Plata el 16 de octubre de 1960, en circunstancias particulares. Era hijo de Agustina Mártir Fregote, una joven de Capitán Sarmiento que había sido expulsada de su pueblo por haber quedado embarazada antes de casarse, cuando la moral pesaba más que la compasión. Agustina llegó a la ciudad sola, buscando trabajo y un refugio para criar al hijo que esperaba. Fue entonces cuando un sacerdote de la parroquia San José —ubicada a pocas cuadras de la casa de los Harispe— pidió ayuda a aquella familia muy religiosa, cuyos pilares eran Luis, ingeniero civil de reconocida trayectoria, y la ya mencionada Dora.

Los Harispe la recibieron en su casa sin dudarlo, unos meses antes de la boda de su hija del medio. Agustina comenzó a trabajar allí como empleada doméstica, y lo que empezó siendo un asilo transitorio se convirtió con el tiempo en una historia de amor y pertenencia. Luis y Dora la integraron como a una hi-

ja más, y también a su bebé, que fue recibido como el primer nieto de la familia. Para Osvaldito, como comenzó a ser llamado, Luis y Dora serían “los padrinos” o, cariñosamente, “la madrina” y “tatá”.

Gabriela Guglielmino Harispe, nieta de Luis y Dora, nació un año y medio después. En sus recuerdos, Osvaldito fue como un primo mayor, compañero de juegos y anécdotas en la casa de la calle 64. Allí compartieron una infancia protegida, marcada por la música, la disciplina y el afecto. Poco después nació Agustín, otro primo, y entre los dos varones se forjó una complicidad especial.

Gabriela conserva una memoria vívida de esos años. A Dora la recuerda como “una Mirtha Legrand de la época”, una mujer fina, elegante y culta. Había sido la creadora del coro universitario y daba clases en la Facultad de Bellas Artes, algo poco común para una mujer en ese tiempo, cuando el ámbito académico y artístico seguía siendo mayoritariamente masculino. El abuelo Luis, por su parte, era un hombre muy inteligente y todo un humanista. Ambos se distinguieron por su profunda vocación solidaria cimentada en su fe. A Agustina la describe como una mujer humilde, trabajadora y muy unida a su hijo. “Era una santa” dice, “y cocinaba las empanadas más ricas del mundo”.

Osvaldo no heredó la docilidad de su madre: era terco y un poco temperamental. Cuando lo retaban se enojaba, hacía trompa y se iba, aunque el berrinche solía no durarle mucho. Como los otros nietos Harispe, cursó la primaria en el colegio John Fitzgerald Kennedy —entonces Nuestra Señora del Valle—, y más tarde en el Industrial Albert Thomas, donde Luis había sido profesor. A Osvaldo le costaba el colegio, pero a medida que crecía empezó a mostrar un interés claro por la técnica. No le atraían los libros ni la teoría, sino el funcionamiento de las cosas. Pasaba horas observando cómo se armaba o reparaba algo, curioso por entender cada detalle. Su abuelo veía en esa inclinación una forma distinta de inteligencia, más práctica que académica, y lo alentaba a seguirla.

En la adolescencia, Gabriela recuerda que su primo se volvió más reservado, aunque seguía siendo sociable y querido. Tenía muchos amigos en el barrio y solía pasar las tardes jugando al fútbol o charlando en la vereda. Entre ellos estaba Juan Pablo Valdez, que vivía a la vuelta y se convirtió en su compañero inseparable. Eran traviesos y algo rebeldes, cómplices de pequeñas aventuras que marcaban la vida de un barrio tranquilo. Años más tarde, el destino los uniría de un modo impensado: Juan Pablo regresaría con vida de las Malvinas y se enteraría, mucho tiempo después, que su amigo de la infancia había estado allí también, a bordo del General Belgrano.

Al llegar a la mayoría de edad, Osvaldo decidió ingresar a la Escuela de Mecánica de la Armada. No fue una obligación ni una imposición: buscaba aprender un oficio y formarse como técnico electricista naval. En la Armada encontró disciplina, estabilidad y la posibilidad de independencia. Su especialidad lo llevó a ocupar un rol central en el mantenimiento eléctrico de los buques, una tarea silenciosa pero esencial. Con el tiempo alcanzó el rango de Cabo Segundo, y ese logro fue motivo de orgullo para todos en la familia.

Por entonces, Agustina regresó a Capitán Sarmiento para cuidar a su madre enferma, a una hermana con discapacidad y a un hermano con problemas de alcoholismo. Los Harispe continuaron acompañándola a la distancia, sosteniéndola como parte de la familia que habían elegido.

En 1982, cuando comenzó la guerra, Osvaldo tenía veintiún años. Fue destinado al crucero ARA General Belgrano, el buque más grande de la flota argentina. El Belgrano había sido adquirido por el país en 1951 y era considerado un emblema de la Armada. Tenía más de mil tripulantes y cumplía funciones de patrullaje en el Atlántico Sur. Para muchos jóvenes como Osvaldo, embarcarse en él era motivo de orgullo: representaba la modernidad, la técnica y el desafío del mar.

El 2 de mayo, el barco navegaba fuera de la zona de exclusión declarada por el Reino Unido. A las 16:01, el submarino nuclear británico HMS Conqueror lanzó tres torpedos. Dos impactaron

en el casco: uno en la proa y otro en la sala de máquinas. El barco se sacudió, se cortó la energía y la cubierta se llenó de humo y gritos. El capitán Héctor Bonzo ordenó abandonar el buque. Algunos tripulantes alcanzaron las balsas; otros quedaron atrapados. A las 16:23, el Belgrano desapareció bajo el mar.

De los 1.093 tripulantes, 770 fueron rescatados. 323 murieron. Entre ellos, Osvaldo Luis Fregote.

El hundimiento del Belgrano marcó un punto de quiebre en la guerra. Fue la primera acción bélica de gran magnitud y cambió el curso del conflicto. En los diarios del mundo, la noticia ocupó las portadas al día siguiente. En La Plata, nadie imaginaba que entre los 323 muertos había un joven que había crecido entre pianos y cuadernos escolares.

Agustina esperó días enteros una noticia. No podía aceptar la muerte. Imaginaba que su hijo había sobrevivido, que había alcanzado una isla o que lo había rescatado algún barco. “Era fuerte, corpulento”, repetía. Sin cuerpo no hay duelo, solo esperanza. Cuando finalmente llegó la carta oficial de la Armada, el silencio se volvió definitivo.

Durante años, Agustina siguió escribiéndole. Cartas, poemas, mensajes que entregaba a Dora para que los guardara. Con el tiempo regresó a su pueblo para cuidar a su familia y murió allí, cerca de los sesenta años. Gabriela sostiene que se la llevó la tristeza.

Durante mucho tiempo, el nombre de Osvaldo no apareció en los registros locales. Nadie sabía que uno de los caídos del Belgrano era de La Plata. La historia se reconstruyó décadas después, casi por azar, cuando Gabriela publicó un homenaje en redes sociales un 2 de abril. Entre los mensajes recibió uno de Juan Pablo Valdez, su amigo de la infancia, que permitió confirmar el origen platense del caído. Desde entonces, la C.E.MA investigó el caso y lo incorporó a los registros oficiales.

En 1998, la Ley 24.950 lo declaró Héroe Nacional por haber muerto en defensa de la soberanía argentina sobre las islas del Atlántico Sur.

Gabriela cree que el reconocimiento llegó tarde. “Es lo mínimo

que merece. No entiendo cómo su historia no se supo antes —dice—. Hay muchas familias como la nuestra, cuyos héroes quedaron en el olvido”.

El hundimiento del Belgrano fue más que un episodio bélico: fue una herida que marcó a todo un país. Los sobrevivientes todavía recuerdan el olor del combustible, el frío del agua, el silencio que siguió al estruendo. Allá abajo, bajo cuatro mil metros de agua, el casco del buque descansa intacto. En las ceremonias, los familiares arrojan flores sobre el Atlántico.

En la casa de la calle 64, donde alguna vez resonaron los acordes del piano y las risas de los primos, su historia sigue viva: la de un niño adoptado por amor, convertido en héroe por destino.



Pedro Horacio Vojkovic “Petar”

Información recopilada por

Genaro Giustozzi, Ciro Céspedes, Milagros
Pizzio y Angelina Tesoriere

Colegio Virgen del Pilar

Soneto al árbol

En la localidad platense de City Bell, cuando todavía era un pueblo chico, de calles de barro y bicicletas apoyadas contra los árboles, creció Pedro Horacio Vojkovic, el segundo hijo de don Pedro Vojkovic y Mercedes Acevedo. Su padre, don Pedro, había nacido en una isla de la actual Croacia y había llegado a la Argentina en 1939, escapando de la guerra y el hambre. Dejó atrás a su familia de origen, su idioma y los paisajes de mar y piedra para empezar de nuevo en un país desconocido, sostenido apenas por su voluntad de trabajo y progreso.

Al poco tiempo de arribar a Argentina, don Pedro trabajó en un hotel de inmigrantes, junto a otros compatriotas que lo ayudaron a instalarse, y después en distintos comercios gastronómicos de Buenos Aires. Era un hombre alto, de casi dos metros, modales elegantes y una simpatía que lo volvía querido por todos. Su hija mayor, María, lo describe como “muy tranquilo y muy entrador, un viejo elegante”.

La historia de cómo conoció a Mercedes parece salida de una película de su tiempo. Una tarde de franco, don Pedro fue al cine a ver una comedia del actor y humorista Luis Sandrini. En medio de la función, escuchó una carcajada que lo cautivó. Buscó de dónde venía y vio a una mujer joven que reía con una felicidad contagiosa, acompañada por su madre. Al finalizar la función, se acercó con el poco español que sabía y con esa mezcla de serenidad y decisión que tienen los hombres que no tienen nada que perder, le dijo a la mujer mayor: “Me encantó la risa de su hija. Me gustaría tener una salida con ella”. Seguidamente, le mostró sus documentos para dejar en claro

que era soltero, recién llegado y sin compromisos. Quince días después volvieron a encontrarse; Mercedes llevaba un traje que le había cosido su madre y una rosa en el pecho. A los dos años, se casaron.

La primera hija de la pareja fue María Clementina. Más tarde, sufrirían la pérdida de otro hijo durante un embarazo avanzado. Ese dolor marcó profundamente a Mercedes, que cayó en una depresión. En busca de aire y alivio, la pareja se mudó a City Bell, donde vivían parientes de ella. Compraron una casa modesta cerca de la plaza Belgrano, con un pequeño local al frente, y abrieron un almacén que con el tiempo se convertiría en la rotisería “Don Pedro”, un lugar muy conocido por los vecinos y por las familias que pasaban el verano en las quintas de la zona.

La pareja ya no esperaba tener más hijos, pero el destino guardaba una sorpresa. Cuando Mercedes tenía más de cuarenta años y creía que estaba entrando en la menopausia, un médico le anunció que estaba de cinco meses de embarazo. De este modo, el 22 de julio de 1962 llegó Pedro, el hijo tardío y mimoso de la casa. María, su hermana once años mayor, lo recuerda como “una mezcla de hijo y nieto para mis padres, un chico alegre que llenó de vida la casa”.

Su infancia fue la de un chico feliz en una época en que jugar afuera era todavía un sinónimo de libertad y la calle, una extensión de la propia casa. La plaza Belgrano fue su lugar preferido: allí jugaba a la pelota y pasaba tardes eternas con sus amigos. Amaba el fútbol, era fanático de Racing y tenía un humor desbordante, contagioso. “Era un tipo querido, simpático, occurrente; un chico sencillo que disfrutaba de las cosas lindas de la vida: una bicicleta, una pelota, los amigos”, diría su hermana.

Pedro cursó la primaria en la Escuela José Manuel Estrada y el secundario en el Instituto San Francisco de Asís de Villa Elisa. Fue un buen alumno, querido por sus compañeros y siempre dispuesto a ayudar. En la adolescencia multiplicó amistades, amores y risas. Sus compañeros lo recuerdan como un chico ingenioso, de humor rápido y alegría contagiosa. En un campamento compartido, junto a un amigo organizaron una sere-

nata nocturna en la que fueron a cantarle a una de las carpas de las chicas. La anécdota terminó con todos expulsados del predio entre risas y reproches. Otra tarde, cuando un profesor lo reprobó en Matemática, volvió al banco tarareando “Uno busca lleno de esperanzas”, arrancando carcajadas en todo el aula. No hablaba demasiado, pero tenía chispa, y sus salidas espontáneas desarmaban cualquier gesto serio.

Con sus amigos era cercano y afectuoso. “Era un adelantado”, diría uno de ellos: “ya trabajaba, conocía la noche, te aconsejaba sobre las chicas; era un tipo con calle, inteligente, siempre para arriba”. Otro compañero recuerda una madrugada de verano en que, después de una reunión del colegio, se metieron en la pileta de una casa quinta y terminaron escapando entre sirenas, vestidos con la ropa equivocada. Eran esas historias mínimas, las que construyen la juventud compartida, las que hoy, décadas más tarde, siguen apareciendo con una sonrisa.

Durante esos años también vivió su primer amor. Alejandra, su novia de la secundaria, recuerda que estaban casi siempre juntos: en clase, en los recreos, después del colegio. Almorzaban, merendaban, compartían tardes enteras. “Era celoso, divertido, occurrente. Pasamos una linda etapa”, contó. “Con el tiempo — dice— pensé en por qué nos separamos, y la verdad es que no me acuerdo. Con Pedro siempre me quedó lo lindo, lo bueno. Todo lo demás se fue borrando”.

A sus diecisiete años, Pedro escribió un poema que lo mostraba más sensible de lo que muchos conocían o podían llegar a suponer. Lo tituló Soneto al árbol, y un compañero lo guardó durante años hasta hacerlo llegar a su familia mucho tiempo después de la guerra. El poema rezaba:

Una muerte sencilla es la del árbol
sin pena, sin gloria, sin flores, ni llanto,
Quise verlo, como siempre verdeando,
percibiendo, tocando la voz de verano.

Su piel gruesa y suave, gris e infiel
lloraba soltando lágrimas de miel.
Su carne, toda pura, nos brinda calor
y hasta nos acompaña, regala su olor.

Cada año, un anillo de amor
a su cuerpo dócil y fino añadió
sombra grande y fresca, su copa creó.

Así a mi llamado nunca contestó,
la ley de la vida también lo juzgó.
El fallo inocente, pero igual cayó.

María recuerda el impacto al leerlo: “Me costó recuperarme. No me imaginaba que mi hermano escribía, y el significado me erizó la piel”. Con enorme lucidez para su edad, Pedro había reflexionado sobre la muerte y el paso del tiempo, sin imaginar lo que le depararía el destino poco tiempo después.

Mientras tanto, la vida familiar giraba alrededor de la rotisería. Don Pedro atendía el mostrador, Mercedes cocinaba y Pedro, cuando no estaba en la escuela, los ayudaba. “Esa rotisería fue un símbolo de lo que mi familia entendía por progreso: trabajo, honradez y ascenso social. Lo único que podían darnos era un título, una carrera. No había herencias, había esfuerzo”, dice María.

En 1981, Pedro fue convocado al servicio militar obligatorio en el Regimiento de Infantería Mecanizado 7 de La Plata. Cumplió su año reglamentario y fue dado de baja. Por entonces trabajaba en un boliche de Gonnet llamado Moroco, donde atendía la barra y colaboraba con los gastos familiares. Cuando estalló el conflicto en el Atlántico Sur, fue reconvocado junto a otros conscriptos del regimiento. María, que para ese momento ya estaba casada y embarazada de su tercer hijo, le pidió que se escapara del país, que se fuera a Paraguay para no ir a las islas, pero Pedro se negó: quería cumplir. La víspera de su partida pasó por la casa de su hermana. Le gustaba hacer reír a sus sobrinos: les gastaba bro-

mas, les armaba sándwiches de queso rallado o fingía llenar con gaseosa las botellas que en realidad había rellenado con agua. Esa noche también jugó con ellos, de rodillas en el suelo, entre los autitos y las risas. Esa es la última imagen que María conserva de su hermano.

El 13 de abril de 1982, con diecinueve años, partió hacia las Islas Malvinas. Integraba la Compañía A del Regimiento 7, apostada en Wireless Ridge, cerca de Puerto Argentino. El clima, el hambre y la falta de abrigo hicieron de aquella experiencia una prueba extrema. Años después, María supo que Pedro había colaborado en la cocina, intentando que sus compañeros comieran algo caliente, compartiendo lo poco que había. El 8 de junio, junto a Carlos Hornos, Alejandro Vargas y Manuel Zelarrayán, cruzó el río Murrell en un pequeño bote de madera. Creyeron haber visto cajas de provisiones del otro lado y decidieron ir a buscarlas. No llegaron. La quilla del bote tocó una mina antitanque argentina y la explosión fue inmediata y fatal.

Cuando la familia pidió explicaciones, recibió versiones contradictorias. María fue al regimiento y esperó horas hasta que un oficial la atendió. “Su hermano hizo una pillería —le dijo —, se escapó para un lado que no tenía que escaparse”. Fue la única respuesta. El cuerpo de Pedro fue enterrado en el Cementerio de Darwin bajo la leyenda Soldado argentino solo conocido por Dios.

El padre nunca pudo sobreponerse. Lloraba recordando su propio pasado: “Pensar que me escapé de un país en guerra para venir a un país de paz, y me matan a mi hijo en una guerra”, repetía una y otra vez. En esa frase se resume toda la historia familiar: un hombre que huyó del hambre y de la guerra en Europa, y un hijo que muere en otra guerra, buscando comida para sus compañeros.

También Cristina, su última novia, cargó con la ausencia de Pedro. Estaban saliendo cuando él partió hacia las islas y, desde entonces, nunca dejó de acompañar su memoria. Estuvo presente en cada homenaje, en cada acto, junto a la familia, con

una lealtad silenciosa que atravesó los años. En los nombres grabados en las placas, en las flores que se renuevan cada aniversario, su presencia se volvió parte de esa forma sencilla y perdurable del amor.

Treinta y cinco años después, el nombre de Pedro volvió a tener cuerpo. En 2017, el Equipo Argentino de Antropología Forense y el Comité Internacional de la Cruz Roja identificaron sus restos mediante análisis de ADN. María dudó en participar: no quería remover tanto dolor ni confiar en instituciones que la habían defraudado. Finalmente accedió. “Vinieron a mi casa una escribana, un médico, una enfermera y una antropóloga. Me gustó cómo trabajaban, con respeto y compromiso”, contó. Meses más tarde la llamaron: la coincidencia genética era del 99,5 por ciento.

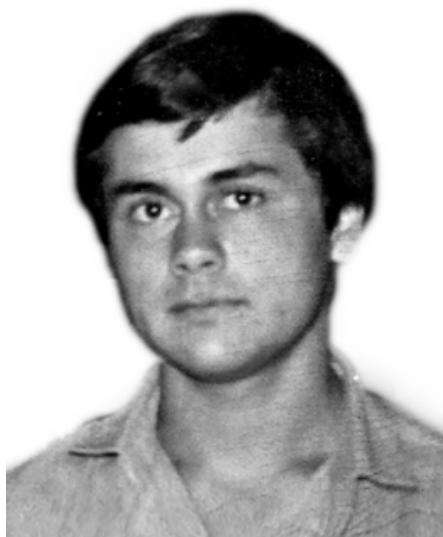
La confirmación trajo alivio y tristeza. María viajó con su familia a recibir la documentación. Saber que su hermano estaba allí, que nada había sido en vano, le permitió cerrar un duelo de más de tres décadas.

Desde entonces, su nombre comenzó a multiplicarse en los homenajes. En 2013, el Concejo Deliberante de La Plata dio su nombre a un tramo de la calle 467. En 2019 se inauguró un monumento en la plaza Belgrano, el mismo lugar donde había pasado su infancia. En 2020, la Escuela Secundaria N.º 37 de Gorina adoptó su nombre por votación de los estudiantes. Y en las islas, ese mismo año, un grupo de alumnos de Villa Elisa lo recordó cuando la nadadora Sol Jerger cruzó el río Murrell en homenaje a Pedro y sus tres compañeros.

María conserva una carta que su hermano envió poco antes de morir. En ella escribió: “Mamá, quedate tranquila. Estoy bien. He visto los atardeceres más hermosos de mi vida”. Esa frase, dice, lo define: incluso en la guerra, pensaba más en los demás que en sí mismo.

“Para mí no es un héroe —dice María—. Fue un chico al que obligaron a ir a la guerra y lo mataron. Héroe es otra cosa”. Prefiere recordarlo como lo que fue: un buen hijo, un buen hermano, un buen amigo. Su memoria, asegura, sigue viva gra-

cias a la gente común, a los amigos que riegan las plantas del monumento, a los nietos que dejan flores, a los vecinos que se detienen al pasar. “Es la gente —dice— la que mantiene su nombre y lo preserva del olvido”.



Dante Luis Segundo Pereira “Poroto”

Información recopilada por

Vitto D Francesco, Pilar Zorxit,
Trinidad Cotta y Santino Chapay

Colegio Benito Lynch

El otro nombre

Nadie le decía Dante. En casa, en la escuela, en el barrio y hasta en el regimiento, otro nombre lo acompañó desde que era chico. Tanto era así que muy pocos sabían que su nombre completo llevaba tres: Dante por su padre, Luis por su abuelo materno y Segundo por el paterno. Aún con esa carga simbólica de linaje familiar, para todos fue simplemente Poroto.

Nació en La Plata el 6 de agosto de 1961. Muchos años antes, su padre, Dante Ignacio Pereira, había llegado a la ciudad desde Santiago del Estero con el sueño de estudiar Veterinaria. Allí conoció a Araceli Della Croce, una joven maestra platense, y ya nada fue igual. El amor lo retuvo en la llanura bonaerense, y el 15 de febrero de 1952 la pareja decidió empezar su vida en Villa Elisa, que entonces era una localidad pequeña, rodeada de quintas y atravesada por el ferrocarril Roca. Araceli ya tenía un terreno donde construyeron su casa: un hogar nuevo que “no tenía nada”, como ella recordaría entre risas, pero que fue el centro de todo. Allí nacieron sus tres hijos: Araceli Rosario en 1953, Teresa Mercedes en 1954 y, ocho años después, Dante Luis, el varón esperado.

El padre solía bromear con la historia de los nacimientos, como si cada uno marcara un progreso familiar: “Araceli llegó en tren, Teresa en moto con sidecar y Dante Luis en auto”. Los tres niños crecieron en un clima de cariño, música y esfuerzo, y sus padres recordarían aquellos años como los más felices de su vida.

*Esta crónica se basa, fundamentalmente, en el libro *Dante: héroe de Malvinas*, realizado en 2012 por alumnos de la Escuela N° 28 *Dante Luis Segundo Pereira* de Villa Elisa. Su profunda investigación reconstruyó la vida de Dante con el mismo espíritu y rigurosidad que proponemos en este libro.

De chico, Poroto fue un torbellino de energía. Travieso, simpático y curioso, tenía la costumbre de desarmar juguetes, aparatos eléctricos y hasta su bicicleta, obsesionado por entender su funcionamiento. Viejos chiches y reliquias familiares que habían pasado de niño en niño terminaban en pedazos cuando llegaban a sus manos. Su padre recordaría dos de sus juguetes favoritos: un tractor a escala que le había traído de la Rural y un autito de carrera con control remoto cuyo conductor, de anteojos grandes, él bautizó “Frondizi”, por su parecido con el ex presidente radical.

En aquellos años, Villa Elisa era un lugar sin miedos, donde los chicos podían ir y venir solos y volver a casa embarrados después de tardes interminables. Poroto salía con su bicicleta y cruzaba los descampados a toda velocidad, pedaleando entre los yuyos y los charcos hasta desaparecer detrás del campito. Desde la ventana, su madre lo veía convertirse en un punto diminuto, una mancha de movimiento que se alejaba y volvía como si nada. Una tarde, mientras corría con sus amigos por la zona donde se levantaban los monoblocks nuevos, subió de golpe una montaña de tierra y la bicicleta salió volando. Terminó en el suelo, magullado y cubierto de barro. Llegó a casa rengueando, con la rodilla abierta y la bicicleta torcida, pero con una sonrisa que desarmó a todos. Era puro impulso, un chico imposible de detener.

La familia tenía una relación profunda con la música. El padre era veterinario, pero también zapateador y amante del folclore. En su juventud había integrado el conjunto universitario Achalay, una formación folclórica que alcanzó gran renombre y realizó distintas presentaciones en radio y grabó varios discos en los que Dante padre tocaba la guitarra, el charango y la quena. La madre, además de bibliotecaria, era profesora de danzas tradicionales. De ellos heredó Dante el oído y el ritmo. A los pocos años empezó a tocar la guitarra y en su adolescencia formó un conjunto de rock con sus amigos de Villa Elisa. Ensayaban en la casa de sus abuelos, en 4 y 61. Su madre, cómplice, le prestaba la llave en secreto, sin que nadie más lo supiera.

Cursó la primaria en la Escuela N.º 17 “Luis Castells” de Villa Elisa, la más antigua del pueblo, ubicada frente a la plaza central. Su madre trabajaba allí y él era el mimado de las maestras. Cuando terminó la escuela primaria, la familia decidió mudarse a Tolosa para que los hijos pudieran acceder a escuelas secundarias del Estado, ya que en ese tiempo Villa Elisa no contaba con ninguna. Allí construyeron una nueva casa, que aún hoy conserva la familia, y donde el cuarto de Poroto sigue intacto, como un pequeño museo lleno de recuerdos.

La infancia de Dante tuvo un quiebre cuando, a sus ocho años, la familia sufrió un accidente automovilístico en el que murió su hermana mayor, Araceli. Iban los cinco en el auto. Aquel fue el primer golpe de los Pereira, que permanecería como una herida abierta y los enfrentaría por primera vez a ese tipo de dolor. A partir de entonces, la unión entre ellos se volvió todavía más fuerte.

En la secundaria, Dante asistió a la Escuela Carlos Vergara, en la que hoy existe un mural conmemorativo que exhibe su rostro y un poema escrito por una de sus amigas. Fue un alumno regular, más dedicado a las amistades y la música que al estudio. La política no le interesaba; tenía apenas quince años cuando se produjo el último golpe militar argentino, y para él ese mundo parecía distante. Sí tenía en claro su futuro: quería estudiar veterinaria como su padre. Le gustaban mucho los animales, con especial predilección por los perros y las tortugas. Su hermana Teresa cuenta que iba con sus amigos a una laguna en Villa Elisa en la que habitaban ranas y otras especies que capturaban la atención de su hermano, lejos de generarle rechazo o miedo. Hoy, en ese mismo lugar, funciona la escuela que lleva su nombre.

En 1980 le correspondía hacer el servicio militar, pero pidió una prórroga. El motivo formal fue la preparación del ingreso a la Facultad de Veterinaria, aunque, en verdad, también quería esperar a un amigo para hacerlo juntos. Aquella decisión cambiaría su destino. Ingresó finalmente al Regimiento de Infantería 7 de La Plata en 1981. Cuando le preguntaron qué sabía hacer, respondió: “Tocar el bombo”. Lo destinaron a la banda del

regimiento, donde el clima era más distendido.

A Dante no le disgustaba el servicio: estaba con su amigo, tocaba música, tenía tareas que lo mantenían activo y, sobre todo, se sentía útil. Miguel, uno de sus compañeros de la banda, recordaba que el año del servicio había sido tranquilo, alegre. Tocaban música, hacían guardias y, desde su garita, veían cómo otros sufrían castigos bajo el sol o el frío. Dante no era un soldado típico: detestaba las armas, no le gustaban los ejercicios violentos. Las prácticas de instrucción lo ponían incómodo. “Cuando hacían gritar ‘Viva la Patria, mate a un chileno’, se desesperaba”, contaba Miguel. “Era divertido, con buen humor, no soportaba ese fanatismo”.

El año 1982 lo encontró a punto de salir de baja. Había terminado el servicio y estaba preparando su ingreso a Veterinaria. Había comentado alguna vez su preocupación por las tensiones con Chile, pero lo de Malvinas los tomó completamente por sorpresa. Cuando comenzó la movilización, lo llamaron de nuevo sin explicaciones. Su padre fue a despedirlo. Dante no parecía nervioso; al contrario, trató de tranquilizarlo: le dijo que era “un trámite”, que pronto volverían. Aquel abrazo fue el último. Nunca más lo vería.

Llegaron los micros al regimiento, les dieron las raciones de combate y partieron hacia El Palomar. Subieron a un avión Hércules rumbo al sur, sin saber a dónde iban. Hacía frío, iban sentados en el piso, cargados de fusiles y granadas. A las tres horas estaban en Malvinas. Dante fue asignado a la compañía B, la que resistiría en Longdon, y Miguel a la A. Intentaron cambiar para estar juntos, pero no los dejaron.

Durante el conflicto llegó una sola carta, breve, con frases sencillas sobre el clima y los compañeros. No podían escribir la verdad; las cartas eran revisadas. Pero la familia reconoció su letra, su humor, su tono. Cuando se produjo el hundimiento del crucero General Belgrano, comprendieron la magnitud de lo que estaban viviendo. A partir de entonces, el miedo se instaló en la casa.

Terminada la guerra, empezó el verdadero infierno. Dante no

aparecía en las listas de vueltos al continente. Los padres llamaron a todos los contactos que pudieron, fueron a hospitales, a Campo de Mayo, a oficinas militares. En Campo de Mayo, su padre tuvo que esperar siete u ocho horas para que alguien le diga, sin mirarlo a los ojos, que debía “tomarlo como una víctima de guerra y resignarse”. Pero Dante Ignacio no buscaba resignación: quería saber la verdad.

Tiempo después se presentó un mayor del Ejército en su casa para informarle que su hijo había muerto. El padre, incrédulo, le preguntó si había sido testigo; el oficial respondió que no. Entonces Dante lo despidió sin más palabras. Paralelamente, llegaban diversos relatos y rumores esperanzadores de distintas fuentes que creían haberlo visto en distintos lugares y circunstancias. En medio de la desesperación, un cuñado recurrió incluso a un vidente, que aseguraba haberlo visto cerca de un portón en Comodoro Rivadavia. La familia viajó hasta allí, recorrió hospitales, habló con médicos, pero no obtuvo ningún resultado. También viajaron dos veces a Paraná, donde se reunían padres de soldados desaparecidos, buscando respuestas que nadie daba. En el segundo viaje consiguieron una revista Primera Plana, de abril de 1983. En ella figuraba una lista de bajas: no aparecía el nombre de Dante, pero sí su número de documento. Era la primera confirmación. La nota relataba que, después de una fuerte nevada, el 27 de julio de 1982 las tropas inglesas habían encontrado numerosos cuerpos bajo la nieve y los habían identificado por las chapitas con el número de documento. Dante Luis Segundo Pereira había caído en Monte Longdon, durante uno de los combates más duros de la guerra. Tenía apenas veinte años, y faltaban pocas semanas para que cumpliera veintiuno.

Monte Longdon era un terreno abrupto, de laderas cortas y piedras filosas, de apenas doscientos metros de ancho en algunos tramos. Allí resistieron los hombres del Regimiento 7. Entre las cuatro y las cinco y media de la madrugada del 12 de junio de 1982, en medio del segundo contraataque, los británicos lanzaron su ofensiva final. La posición argentina fue asediada y obligada a re-

plegarse para evitar el aniquilamiento. Dante quedó allí, en defensa del monte, con sus compañeros. Sus restos descansan en el Cementerio Argentino de Darwin, sector Este, tumba número 20 de la primera hilera. Su nombre está grabado en el muro Este, placa 18, línea 15, y también en el Cenotafio de la Plaza San Martín, en Buenos Aires. El acta de defunción se redactó el 24 de septiembre de 1982. Sus padres nunca viajaron a las islas; dijeron que lo harían solo el día en que pudieran entrar sin pasaporte argentino.

Otro compañero, Pablo Álvarez, también de Villa Elisa, lo vio en las islas una sola vez. Había sido compañero del barrio. Pablo había recibido la baja y, por un acto de solidaridad, tomó el lugar de un conscripto casado con dos hijos. En las islas, la falta de comida era desesperante. Un día, buscando algo que llevarse a la boca en un basural, Pablo encontró dos pomelos. Comió uno y guardó el otro debajo de la ropa. En ese momento apareció Dante. Hablaron brevemente, se saludaron y cada uno siguió su camino. Pablo caminó unos metros, se detuvo, se dio vuelta y le gritó: “¡Poroto!”. Dante se volvió y Pablo le arrojó el pomelo. Lo recibió con una sonrisa. Nunca volvieron a verse.

Hoy su nombre está en los lugares donde creció y fue feliz. En Villa Elisa, un monumento en su homenaje se levanta en la intersección de avenida Arana y calle 7. Cada año, la Asociación Civil de Voluntarios, sus compañeros y su familia se reúnen allí para recordarlo. La Escuela Secundaria N° 28 lleva su nombre. En el Regimiento 7, una placa repite las palabras de su padre: “Quería ser veterinario como su papá”. En los actos, su madre solía quedarse en silencio mientras su padre, con voz firme, repetía una frase que se volvió símbolo: “Los muchachos que fueron a Malvinas regaron con su sangre el suelo de la Patria. A los héroes no se los llora, se los glorifica”.

Esa convicción lo acompañó hasta el final de sus días. Él, que había llegado a La Plata buscando mejores oportunidades, perdió al hijo que soñaba con curar animales y seguir su camino. Dante Luis Segundo Pereira —Poroto, el chico alegre, el guitarrista, el de la bicicleta— quedó en Monte Longdon, bajo la nieve, entre las

piedras. Su historia sigue viva en las aulas, en los monumentos y en la memoria de su pueblo. Porque, como dijo su padre, los héroes no se lloran: se recuerdan. Y se nombran, una y otra vez, con la misma ternura con que todos lo llamaban desde siempre: Poroto.



Alfredo Gattoni

Información recopilada por

Julián Galán Flamini, Valentino
Gallo Mugnolo y César Zapata

Colegio Virgen del Pilar

El sueño interrumpido

En las primeras horas del 12 de junio de 1982, mientras la Compañía C del Regimiento de Infantería 7 intentaba reorganizarse en uno de los puntos más castigados del frente norte de Puerto Argentino, el avance británico sobre Wireless Ridge se intensificó. La artillería y el fuego enemigo obligaban a retroceder, reagruparse y volver a tomar posiciones en un terreno que cambiaba minuto a minuto. En medio de ese escenario —uno de los combates más duros de todo el conflicto—, quienes sobrevivieron recuerdan haber visto a Alfredo Gattoni resistiendo junto a sus compañeros. Al finalizar el enfrentamiento, ya en las primeras horas del día, Alfredo apareció muerto. Murió a pocas horas del final de la guerra, en el mismo frente donde había combatido.

Mucho antes de aquella madrugada, hubo otro viento más antiguo y más limpio: el del golfo San Matías. Alfredo había nacido en San Antonio Oeste, una ciudad pesquera de la provincia de Río Negro, el 20 de noviembre de 1954. Sus padres, Emeterio Gattoni y Dora Emilce Domínguez, criaron a sus tres hijos en un hogar sencillo y activo, donde el trabajo, la educación y la responsabilidad cotidiana eran los pilares fundamentales.

En los cincuenta, San Antonio Oeste era todavía un lugar pequeño con la vida lenta de un pueblo costero. Las calles de arena, el viento copioso y los médanos moldeaban un paisaje que invitaba a la observación y a un ritmo de vida más bien lento. Allí creció Alfredo, el menor de sus hermanos, entre juegos sencillos, rutinas compartidas y la cercanía de una comu-

nidad organizada en torno a clubes, actividades culturales y, por supuesto, el trabajo portuario. Desde chico se destacó por su atención, su curiosidad y conciencia social, un carácter fuertemente moldeado por el entorno en el que pasó sus primeros años.

Alfredo cursó la primaria en la Escuela N°6 “12 de Octubre”, en la que fue recordado como un alumno responsable, reflexivo y solidario. En la adolescencia, asistió al Colegio San Matías, de orientación humanística, donde demostró aptitudes para el dibujo técnico, la geometría y las artes plásticas. Su hermana Alicia lo recuerda como “el estudioso de la casa”, ya que Alfredo se tomaba en serio cada tarea, cada dibujo, cada lectura.

La familia vivía cerca de los médanos, donde aparecían las travesuras. Una tarde, Alfredo y sus amigos pusieron una víbora en un parral cercano a su casa para asustar a Alicia y su amiga. Y una noche, volvió de una salida con algunas copas de más justo cuando su gata estaba pariendo al lado del calefactor, lo que desencadenó una escena cómica que la familia recordaría una y otra vez, como si en esas imágenes estuviera escondida la clave de Alfredo: la mezcla de responsabilidad y picardía, de seriedad y vida sencilla.

Su adolescencia siguió siendo la de un chico de pueblo: amigos de siempre, rutinas tranquilas, salidas en bicicleta, tardes en la casa de algún vecino. Pero hubo dos intereses que se mantuvieron desde temprano. Uno era físico: le gustaba hacer gimnasio, un antecedente modesto del entrenamiento de hoy, pero que él practicaba con constancia. El otro era intelectual: la lectura y el ajedrez. Ese gusto por pensar, por ordenar ideas y ejercitarse la lógica apareció temprano y nunca desapareció. Le atraían el cine, la fotografía, el automovilismo y el inglés, un abanico de curiosidades que ampliaba su mundo y afinaba su sensibilidad. Con el tiempo, esa mezcla de intereses convergió naturalmente en su vocación más profunda: la arquitectura, donde podía unir lo estético, lo técnico y el compromiso social.

A comienzos de los años setenta, como muchos jóvenes del interior que buscaban en la universidad pública un camino de

progreso, Alfredo dejó la Patagonia y se trasladó a La Plata. La ciudad, entonces uno de los centros académicos más importantes del país, atraía a estudiantes de todo el territorio en un contexto social cada vez más politizado y tenso, donde el ideal del profesional comprometido convivía con la radicalización política y la violencia incipiente. Para él, que venía de un pueblo donde la vida se organizaba en torno al trabajo comunitario, La Plata significó un salto cultural: debates, nuevos lenguajes y nuevas preguntas.

Al igual que en la escuela, Alfredo fue un estudiante serio y aplicado, con una preferencia marcada por los proyectos sociales y la dimensión comunitaria de la arquitectura. Era una época difícil, mucho más para los estudiantes. El país oscilaba entre esperanzas y miedo, entre participación y silencios impuestos. En ese contexto, Alfredo no militaba, pero sí compartía la inquietud de su generación: pensar el rol del profesional al servicio de una sociedad que cambiaba demasiado abruptamente.

Entre las conversaciones que su familia recuerda, Alfredo hablaba a veces de sus planes para después de recibirse: perfeccionarse en el exterior y, si podía, vivir un tiempo en Inglaterra. Le atraía el idioma, la arquitectura británica y la idea de ampliar sus horizontes fuera del país. Ese proyecto contrasta con ironía trágica con el destino que lo esperaría apenas unos años más tarde.

Mientras cursaba, consiguió trabajo administrativo en el Ministerio de Economía. Fue ahí que conoció a Norma Campomaggi, una joven de City Bell con la que se cruzó en un pasillo. Norma estaba de novia con un chico que, en términos objetivos, tenía todo para ser un buen partido. Pero el flechazo con Alfredo fue absoluto, y al poco tiempo iniciaron una relación que culminaría en el Registro Civil de diagonal 79.

Al cumplir la edad reglamentaria, Alfredo había solicitado prórroga del servicio militar obligatorio para poder continuar sus estudios universitarios. Sin embargo, en 1982 el contexto cambió abruptamente con la ocupación de las islas por parte de

las Fuerzas Armadas Argentinas y la orden de movilizar tropas regulares y reservistas para enfrentar la inminente respuesta británica.

Con Norma vivían en un departamentito en 12 entre 39 y 40. Seis meses duró la felicidad de la pareja recién casada, que estaba en búsqueda de su primer hijo. La noche en que los noticieros comenzaron a hablar de la recuperación de Malvinas, Alfredo estaba estudiando con dos compañeros de la facultad, una de las últimas materias que le quedaban antes de recibirse. A eso de las 3 de la mañana, Norma se levantó a llevarles café y unos sándwiches cuando sonó el timbre. En la puerta del edificio, un policía les dijo que no había prórroga para nadie. Alfredo debía presentarse como soldado de reserva del Regimiento de Infantería Mecanizado 7 con asiento en La Plata. No intentó evitarlo. No pidió excepciones. No reclamó. Simplemente fue.

La noche que Alfredo partió a Malvinas como miembro de la Compañía C del Regimiento 7, el viejo predio de 19 y 53 (actual Plaza Malvinas) era un completo descontrol. Gente desesperada, gritos, llantos y el acelerar de camiones. No pudo encontrar a Norma para darle el último beso. Tiempo después de que los convoyes partieran un oficial la llamó por su apellido de casada y le entregó un bolso con la ropa de civil de Alfredo.

La Compañía C del Regimiento 7 sería destinada a uno de los frentes más difíciles de la guerra: el sector norte de Puerto Argentino, entre Monte Longdon y Wireless Ridge. En ese punto, los combates fueron intensos, prolongados y, para los argentinos, marcados por la falta de medios, comida y abrigo.

Durante su estadía en las islas, quienes estuvieron cerca de Gattoni lo describieron como se lo había conocido siempre: calmo, sereno, contenedor. No imponía autoridad: la ofrecía. Era mayor que la mayoría de los conscriptos, tenía formación universitaria, estaba casado, tenía trabajo estable. Era, casi sin quererlo, un referente. Compartía raciones, compartía manta, acompañaba en el miedo, ayudaba a los más jóvenes a sostenerse. Esas conductas no eran resultado de entrenamiento militar, sino del carácter que había construido durante toda su

vida.

La última noche, la de su muerte, estuvo marcada por el ruido de la artillería británica, que avanzaba sin pausa sobre las posiciones argentinas. Wireless Ridge se convirtió en un escenario de combate continuo. El Regimiento 7 intentaba sostener la línea, pero la presión inglesa era cada vez mayor. En ese contexto, en la madrugada del 13 de junio, cayó el mortero que lo alcanzó. La onda expansiva fue inmediata.

Norma recibió dos cartas de Alfredo durante la guerra. En una de ellas decía que las Malvinas era un lugar tan bello que cuando todo terminara debían viajar allí para que el bebé que soñaban tener naciera en ese paisaje. Luego no se supo más nada, pero apenas se supo que la guerra había terminado, Norma se apuró a preparar el recibimiento. Le pidió plata a su mamá y compró un cubrecama y unas cortinas nuevas.

La noche en que los combatientes regresaron al Regimiento 7 fue tan caótica como la partida. Sin embargo, esta vez los familiares no obedecieron las órdenes que venían desde adentro, y cuando los militares dijeron que los chicos “no salían”, una muchedumbre empezó a presionar sobre el portón de hierro que daba a calle 19. Finalmente los dejaron pasar, pero Alfredo no estaba.

La ausencia de Alfredo dio lugar a una gran búsqueda de la que Norma recuerda un episodio en particular. Fue una noche en el Instituto Geográfico Militar. Le habían dicho que todo soldado de Malvinas que había regresado al continente estaba registrado allí. El oficial que la atendió miró la lista, le informó que Alfredo no estaba entre los que habían vuelto y finalmente le dijo: “Quédese tranquila, que una mujer como usted seguro que va a conseguir otro marido”. Norma le pegó un carterazo. Recién un año después, cuando Norma había cumplido los 24 años, le deslizaron por debajo de la puerta el certificado de defunción de Alfredo.

Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Darwin bajo la cruz sin nombre que llevarían tantos otros: “Soldado argentino solo conocido por Dios.” Su familia pasó décadas sin saber con certeza

dónde estaba. Su madre, Dora, llegó a buscarlo incluso fuera de Río Negro, convencida de que podía estar vivo, desorientado, internado en algún hospital. Su hermano Alberto cargó con la culpa y se fue a vivir a España, incapaz de reconciliarse con la idea de haber quedado él a salvo. La familia vivió esa ausencia como una herida abierta.

Recién en 2018, gracias al Plan Humanitario Malvinas, sus restos fueron identificados mediante análisis genético comparativo con muestras de ADN. Ese año, el Gobierno argentino comunicó oficialmente que la tumba 53 del sector B Este pertenecía a Alfredo Gattoni. Su madre y su hermana Alicia viajaron a las islas y pudieron honrar la lápida que, por fin, tenía nombre y apellido. La identificación permitió cerrar un ciclo de angustia que había durado más de treinta años.

Hoy, la memoria de Alfredo Gattoni forma parte de la memoria institucional y comunitaria. En San Antonio Oeste, una calle, una plaza y un aula de la Escuela N°6 llevan su nombre. En la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UNLP su biografía integra el proyecto de memoria sobre estudiantes caídos o desaparecidos.

Pero Alfredo, además, es representativo de una generación: la de aquellos nacidos en los años cincuenta que crecieron en el desarrollismo, se formaron en la educación pública, vivieron la politización y el miedo de los setenta y acabaron enfrentando, ya adultos, la guerra de 1982. Jóvenes que proyectaban una vida civil y acabaron en un frente de combate.

Alfredo Gattoni encarna, sin excesos ni metáforas, esa biografía colectiva. Su infancia patagónica explica su serenidad; su adolescencia responsable explica su conducta; su vocación de arquitecto explica su visión del mundo; su adultez construida desde el trabajo y el estudio explica su capacidad de sostener a otros en situaciones extremas. Nada de lo que hizo en las islas contradijo lo que había sido siempre.



Rolando Máximo Pacholczuk

Información recopilada por

Ezequiel Vander, Giuliano Percara,
Demian Lacelli y Santiago Peralta

Colegio Virgen del Pilar

Rolando sí volvió

Lo bajaron de la montaña envuelto en una manta, todavía consciente. Algunos lo vieron pasar así, sostenido por los brazos de sus compañeros, mientras el bombardeo seguía cayendo en la noche cerrada. Habían pasado dos días de ataques continuos en las posiciones del Regimiento 7 y recién lograban replegarse cuando una explosión lo alcanzó entre la noche del 13 y la madrugada del 14 de junio. Raymundo Fernando Terminiello, que estaba a unos treinta o cuarenta metros en otro pozo, recuerda la escena con una precisión dolorosa: Rolando decía que no sentía las piernas, que no iba a poder jugar al fútbol nunca más. Después vino el descenso por la ladera, el camión improvisado como ambulancia, el hospital de Puerto Argentino, la operación, el papel film con el que intentaban contener las heridas, y finalmente el traslado al ARA Almirante Irízar. Allí, el enfermero conscripto Javier Corvalán se quedó a su lado casi sin despegarse. Rolando murió en el barco el 16 de junio de 1982, luego de la rendición. Tenía diecinueve años.

Antes de llegar a ese final, su vida ya había conocido otras fracturas. Rolando Pacholczuk había nacido el 3 de agosto de 1962. Su padre, Máximo, era ucraniano: había llegado muy chico escapando de la guerra y con el tiempo se convirtió en contador. En Mar del Plata conoció a Raquel Mercier Haagen, con quien se casó y tuvo a Sergio y a Rolando. Los dos hermanos se llevaban un año y crecieron un tiempo en un clima relativamente estable, hasta que una combinación de problemas vinculados a Máximo empezó a resquebrajar la armonía familiar. El padre enfermó gravemente, pasó largas internaciones y la vida doméstica se

volvió cada vez más difícil.

En medio de esa inestabilidad, Rolando fue enviado a vivir con sus abuelos maternos en Tandil, antes de cumplir los cinco años. La situación empeoró cuando Máximo murió de manera repentina en un accidente del que nunca obtuvieron explicaciones claras. Raquel, embarazada del tercer hijo, Héctor, tuvo que reorganizar la supervivencia como pudo. La familia se desarmó: los chicos circularon por casas de parientes, internados, pupilos y hasta en un reformatorio en Lisandro Olmos. Eran mudanzas involuntarias, empujadas por la desesperación del momento.

Pero Rolando —y ahí aparece algo que Terminiello también vio en él— no se endureció con esos años dispersos. Se volvió adaptable, capaz de encontrar lugar donde hubiera un poco de afecto y estructura. Cuando Raquel logró recomponerse, reunió a los tres hijos y regresaron a Mar del Plata. Entonces la vida empezó a ordenarse en pequeñas rutinas: Rolando jugaba a la pelota con devoción, trabajó en un bowling al que llevaba a Héctor como si fuese una travesura compartida, y pasaba horas con la guitarra, su gran pasión. Con un grupo de amigos ensayaban en la casa familiar. Como no tenían batería, usaban la estufa de la madre para marcar el ritmo. La anécdota duró lo que tardó Raquel en descubrirlos.

En la adolescencia tomó una decisión que marcaría un rumbo: se mudó a La Plata para vivir con su tía Chichell y terminar la secundaria. Quería ser contador, como su padre. Cursaba a la noche y trabajaba desde los catorce años como cadete en la zapatería Boticelli, donde la familia Orsini terminó queriéndolo como a un hijo más. En la escuela era aplicado, respetuoso, participativo; incluso llegó a ser abanderado. Luis Sosa, compañero de cursada, lo describiría años después como un pibe que se llevaba bien con todos y que siempre estaba dispuesto a ayudar.

En esos años también desarrolló un hábito peculiar: iba a una casa vieja de diagonal 74 donde funcionaba una arquería a practicar tiro con arco. Terminiello lo recordaría así, sorpren-

dido por ese gusto tan personal que parecía no encajar con nada más y al mismo tiempo lo definía.

En 1981 tuvo que cumplir con el servicio militar obligatorio en el Regimiento 7. Su responsabilidad hizo que lo nombraran furriel, encargado de asignar guardias y turnos. Entre las escenas que sobrevivieron en la memoria de la compañía hay una que lo retrata entero: cuando preguntaron si alguno tenía un motivo para pedir la baja, levantó la mano y dijo “Único sostén de tía viuda”. La compañía entera festejó la ocurrencia. En el galpón donde dormían eran cuatro los soldados que debían vigilar toda la noche, y él los elegía por su función.

Pero detrás de ese humor había algo más silencioso. Rolando decía que era hijo único. Terminiello explicó que lo hacía para proteger a sus hermanos. Su padre, Máximo, había sido contador de los Graiver —a quienes él mismo describe como “unos banqueros de los montoneros”—, un dato que, en plena dictadura, podía convertir a toda la familia en blanco de sospecha. “A su padre lo mata la Triple A”, dijo Terminielo, añadiendo una nueva profundidad a la historia de Máximo y su familia. Ese antecedente bastaba para que Rolando temiera que su apellido lo marcara frente a sus superiores. Por eso ocultaba su historia familiar. Sus compañeros recién conocieron la verdad después de la guerra.

El 2 de abril de 1982 estalló el conflicto. Los días previos habían estado marcados por confusión y órdenes que cambiaban sin aviso. Terminiello recuerda que el 22 de abril deberían haber recibido la baja, pero el 7 llegó un radiograma con la “reincorporación de todas las clases”. Sabían que algo se había roto en los planes. El 13 de abril, durante la noche, los llevaron en micro a Palomar, luego a Río Gallegos, y recién ahí supieron que cruzarían a las islas. Nadie dimensionaba del todo lo que venía, pero el movimiento era irreversible.

Antes de partir, su patrón de la zapatería había intentado evitarle el envío: un traumatólogo amigo podía fracturarle un dedo para justificar la excepción. Rolando no aceptó. Terminiello diría que nadie quería dejar a un amigo solo; que a

esa edad no entendían bien lo que era una guerra, pero sabían lo suficiente como para no abandonar al de al lado.

La despedida familiar fue breve. Era Semana Santa y el domingo previo algunas familias habían podido ver a los soldados. La de Rolando no había llegado a tiempo, pero el lunes, al explicar la distancia y el costo del viaje, les permitieron cruzar el enrejado para abrazarlo. Héctor lo recuerda en la ventanilla del micro, enorme dentro del uniforme, sosteniendo la bolsa de panes con manteca que le había preparado la tía.

En Malvinas compartió pozo con Hugo Robert y “el Chueco” Correia. Terminiello estaba cerca: treinta o cuarenta metros en otra posición. Pasaban los días juntos en el pie del monte Longdon, frente al río Murrell. El hambre era constante. Terminiello contó que Rolando era “obsesionado por la comida”: cuando podía, se escapaba al pueblo para tratar de conseguir algo, aun arriesgándose al castigo de sus superiores.

La entrega de armas fue otro golpe. El fusil FAL que le dieron no disparaba: le faltaba el percutor. El de Terminiello tampoco funcionaba. Avisaron, pero nadie los reubicó ni les cambió el equipo. Permanecieron en el frente con armas que no podían usar.

El 12 de junio comenzaron los bombardeos ininterrumpidos. Esa noche, y todo el día siguiente, los ataques siguieron sin pausa. En la noche del 13, durante el repliegue, Rolando fue alcanzado por la explosión que lo hirió. En el ARA Irízar, un marinero informó a los sobrevivientes que “uno de La Plata” había muerto, y más tarde se confirmó su identidad.

Su cuerpo fue llevado a Comodoro Rivadavia y después trasladado a Mar del Plata, donde lo despidieron en un velorio a cajón cerrado. Años más tarde, Corvalán encontró a su hermano Sergio y le devolvió la campera con la que había intentado abrigarlo en el barco.

Con el tiempo, la Escuela N°31 de La Plata —institución donde figuraban sus registros escolares— reparó su legajo y le dio el nombre de Rolando Pacholczuk a un aula, en un gesto que buscó mantener viva su memoria.

Terminiello también contó lo que vino después. Al regresar, los obligaron a firmar un acta que les ordenaba informar primero a los militares cualquier cosa que hubieran visto. No hubo apoyo psicológico ni reconocimiento inmediato. La sociedad tardó años en entender lo que habían vivido. Durante mucho tiempo, los sobrevivientes cargaron solos con lo ocurrido. Pero sobre Rolando —y sobre los que no volvieron— no hubo dudas. “Los héroes son los caídos”, dijo Terminiello. En esa hermandad que la guerra forja sin pedir permiso, Rolando dejó una marca que el tiempo no pudo borrar.



Carlos Alberto Hornos

Información recopilada por

Pilar Galván, Emilia Risso, Facundo
Acuña y Agustín Roasio

Colegio Benito Lynch

El hijo que se volvió padre

La escena se repetía cada tarde, casi como un ritual doméstico, en la carnicería de la familia Hornos. Un muchacho de comportamiento adulto, con el delantal manchado de grasa y manos precisas conocedoras del oficio, sostenía a un niño que no era suyo. El nene seguía a Carlos Hornos a todas partes, entre las heladeras de acero, los ganchos, el olor fresco de la carne. Lo levantaba en brazos, lo acomodaba a un costado y seguía trabajando. A veces lo dejaba sentado en el mostrador y charlaba con él.

Ese niño era Pedro. Apenas tenía seis meses de vida cuando sus padres se separaron y quedó al cuidado de una tía que vivía a media cuadra de la carnicería, en la localidad platense de Los Hornos. Pero al tiempo, esa tía quedó embarazada y no pudo hacerse cargo de criar a su sobrino. Entonces, antes que cualquier institución o pariente lejano interviniera, la familia Hornos adoptó a Pedro como propio. Carlos hizo lo que venía haciendo desde el primer día: protegerlo. Y su madre, Teresa, dio el sí definitivo. Así, en una casa de 517 entre 212 y 213, al oeste del partido de La Plata, Pedro pasó a ser un hijo y hermano más. Pero sobre todo, la responsabilidad afectiva de Carlos.

Porque Carlos ya era adulto antes de tiempo. Cuando sus propios padres se separaron tiempo después de la adopción de Pedro, todos quedaron con la madre y él asumió el rol paternal en la familia. Como hermano mayor de Julio y Pedro, comenzó a llevar a los hermanos a la escuela, a ayudar con la comida y el orden de la casa. Su abuela Ceferina, madre de Teresa, también vivía con ellos, pero Carlos era el principal sostén. Había crecido

entre tareas, oficios y silencios de adulto.

Quienes lo conocieron dicen que tenía una forma particular de estar: presente, sereno, líder silencioso. Sabía el oficio de carnicería por su familia, pero también aprendió carpintería, y antes de la guerra trabajaba como despostador en el frigorífico de Abasto. Era prolíjo y atento. Dentro de sus intereses, además, estaba el fútbol, habiendo desarrollado un enorme fanatismo por el club Estudiantes de La Plata. A Pedro lo llamaba “correntinito” por su color de piel, un apodo que usaba sin maldad, como una broma fraterna que marcaba cercanía.

Su relación con Hilda Pezzolano también lo encontró preparado para asumir roles grandes. Estaban de novios cuando ella quedó embarazada. El hijo, Carlos Héctor, nació el 12 de diciembre de 1981. Él estaba haciendo el servicio militar, y el nacimiento le habría permitido ser exceptuado del conflicto que se avecinaba. Pero no le dieron la baja. El clima político y militar del país anulaba cualquier alternativa. Apenas un permiso para casarse; nada más.

La abuela intentó impedir lo inevitable. Le dijo que lo encerraría en un sótano para que no se lo llevaran. Carlos no quiso esconderse. Quiso “hablar”, pero en la dictadura no había nadie con quien hablar. Cuando en abril de 1982 llegó el telegrama que lo convocaba, entendió que no podía elegir. Antes de irse, hubo una despedida familiar. Teresa lloró. Los hermanos lo rodearon. Y Carlos, como si volviera a poner las cosas en su orden natural, se acercó a Pedro y le dijo lo que llevaba años diciéndole con actos: que él debía cuidar a la mamá.

Fue una herencia más profunda que una frase. Fue el traspaso de un rol.

El martes 13 de abril, Carlos se presentó en el Regimiento, solo. La madre fue después, como tantas otras madres que buscaban ver a sus hijos antes del embarque.

En las islas, su madurez volvió a ser evidente. Tony Reda, compañero suyo, lo recuerda como un tipo distinto al resto: serio, responsable, ya convertido en padre, con una manera adulta de pararse en medio del caos. El hambre, el frío y la preca-

riedad eran constantes. En ese contexto sucedió una escena que lo marcaba tal cual era. Una tarde, apareció una vaca en la zona donde estaban apostados. Era un hallazgo extraordinario: la carne significaba la diferencia entre pasar la noche con fuerzas o desfallecer. Y fue Carlos quien la carneó completa. Sabía cómo hacerlo desde siempre. Lo hizo rápido, bien, repartiendo cada pedazo como si estuviera en la carnicería, como si ese oficio aprendido de chico fuera, en plena guerra, su modo de volver a cuidar a los demás.

Pero el hambre volvía. Y cuando vieron que del otro lado del río Murrell había una casa inglesa que había quedado vacía, surgió la idea de buscar provisiones. No fue una orden. Fue una decisión entre los que tenían temple y experiencia. Los cuatro que fueron —Carlos Hornos, Manuel Zelarayán, Alejandro Vargas y Pedro Vojkovic— eran, como dirían después algunos compañeros, “los más grandes”, los que funcionaban como referentes del grupo.

Las versiones exactas difieren en detalles: si ya habían cruzado, si estaban yendo o volviendo, si el bote era para regresar o para llegar. Lo cierto es que la costa estaba minada. Cuando tocaron la quilla del bote, una mina antitanque detonó. La explosión fue inmediata. Carlos cayó al río. Fue el 8 de junio de 1982.

La muerte no fue el final de la historia, sino el comienzo del peregrinaje de Teresa. Ella recorrió hospitales de todo el país. Habló con médicos, enfermeros, pacientes. Fue al Borda disfrazada de enfermera cuando circuló el rumor de que había ex soldados internados sin memoria. Fue al hospital de Romero cuando dijeron que había un joven que nombraba a su mamá y a nadie más. Sostuvo la idea de que Carlos podía estar vivo durante décadas. No era ilusión ingenua: era el modo en que una madre se aferra a su hijo.

La casa de 517 quedó petrificada en el tiempo. La pintura verde con bordes blancos, los palos y el alambrado, el alero, nada podía ser cambiado. Cuando Julio quiso reformarla, Teresa se negó. “Si tu hermano vuelve, no va a reconocer nada”. Era su manera de mantener viva la esperanza.

La identificación llegó recién en 2017. Pedro, ya vinculado con la

C.E.MA, se enteró de que necesitaban muestras de sangre para identificar cuerpos en Darwin. Convocó a Teresa, que accedió. Cuando llamaron para avisar que había una carpeta con el nombre de Carlos, los hermanos viajaron. El ADN dio una coincidencia del 99,333 %. Los restos estaban completos. Habían sido recuperados un mes después de la guerra, sin chapa, y enterrados como “Soldado argentino solo conocido por Dios”.

Meses después, Teresa pudo revisar la carpeta y aceptar el fallecimiento de su hijo. Reconoció el cuerpo por fotos del maxilar y los dientes característicos, que tendría que haberse operado de niño. La herida no se cerró, pero la certeza trajo alivio. No quiso traer el cuerpo al continente. Dijo que debía quedarse en las islas, junto a los compañeros con los que había entregado su vida.

Desde entonces, Pedro se volvió guardián de la memoria. Hasta el día de hoy concurre a actos, vigencias, ceremonias. En 2018 fue a Malvinas, invitado por Tony. Primero fueron al lugar donde Tony había estado apostado, luego al sitio donde había muerto Carlos. Contemplaron las corrientes del río. Caminaron por los descampados. El viento les cortaba la piel. En el cementerio, Pedro le habló a su hermano en silencio. Había cumplido la promesa hecha décadas atrás: cuidar a su madre mientras viviera, llevar una flor cuando ella dejara de estar.

Carlos dejó un hijo, nietas, un bisnieto. Hilda rehizo su vida. El hijo, dicen, habla de él más con desconocidos que con cercanos. La casa volvió a ser un espacio transitado solo por el recuerdo.

Hoy su historia se sostiene en múltiples capas: la del soldado que murió buscando comida; la del joven padre que no pudo volver; la del hermano mayor que adoptó a un bebé abandonado; la del hijo cuya madre caminó hospitales durante décadas, negada por completo a soltar los últimos destellos de esperanza; la del hombre que sabía carnear una vaca en plena guerra porque lo había aprendido de chico, trabajando, cuidando, resolviendo.

Pero, sobre todo, la historia de Carlos es la de un pibe que vivió como un adulto desde muy temprano. Que fue, para los suyos, hermano, padre, sostén y refugio. Que dejó, antes de irse, el man-

dato más simple y más profundo que pudo dejar: “Mamá es sagrada. Cuídenla mucho”. Ese mandato todavía atraviesa la vida de quienes lo recuerdan. Es su manera de seguir, incluso ahora, ejerciendo el rol que lo definió siempre: el del hijo que se volvió padre.



Ricardo Horacio Herrera

Información recopilada por

Ivo Ruggeri, Marcos Lunnazi y
Nahuel Silvero

Colegio Benito Lynch

La sonrisa de Casildo

Nadie lo llamaba Ricardo. En el barrio, en la escuela, en la cancha era, simplemente, Casildo. El apodo nació a mediados de los años setenta, cuando el nombre del dirigente sindical Casildo Herrera sonaba en la radio y en la televisión. Los chicos, atentos a cualquier gesto que pudiera convertirse en broma, lo adoptaron sin más. También lo llamaban “El Pescado”, por una mueca en la boca que él exageraba para hacer reír. Dos apodos que lo acompañaron siempre, incluso cuando dejó de ser un chico.

La primera escuela de Ricardo Herrera fue la N° 10 Dr. Ricardo Gutiérrez, en 48 y 16. Cursó la primaria en el curso B y terminó su último año —1975— en el turno mañana. Después ingresó al Colegio Nacional Rafael Hernández, institución donde su nombre quedaría marcado para siempre en placas, actos y homenajes.

Muchos de sus compañeros lo recuerdan a través del fútbol. Jugaba de cinco, áspero, zurdo para la pelota y también para escribir, con esa mezcla de picardía y exceso que irrita a los profesores pero anima a los recreos. Sin embargo, detrás de ese carácter había un talento inesperado: aprobaba todo casi sin estudiar a la vista de nadie, y con excelentes notas. Por eso sus amigos le crearon un tercer apodo: el “traga oculto”. Solo se llevó Matemáticas una vez, y fue por mala conducta. En realidad, los números eran su terreno natural: se destacaba en Matemática y Física, materias en las que resolvía ejercicios con facilidad.

Ricardo creció en una familia formada por sus padres y tres hermanos. Él era el del medio. Los primeros años vivieron en 55

entre 9 y 10; luego se mudaron a 38 entre 14 y 15. En la casa había una mesa de ping pong que dio lugar a tardes enteras de juego, risas y competencias improvisadas. Fue uno de los primeros de su grupo en tener auto propio: un Falcon gris donde entraban hasta seis personas. Le gustaba manejar, llevar y traer amigos, recorrer la ciudad. También frecuentaba los flippers de 48 entre 8 y 9, punto de reunión obligado de una banda que, incluso después de la guerra, sigue encontrándose alrededor de una mesa o un asado.

Para Wuilfredo, amigo del secundario, que también hizo la primaria en la Escuela 10 en el mismo turno mañana, el paisaje de aquellos años está organizado alrededor de la esquina de 50 y 18, su casa paterna muy cerca del Regimiento 7. El edificio militar tenía una presencia constante en el barrio: se lo veía desde la vereda, desde el colectivo, desde los negocios cercanos, desde la ventana de la escuela de 20 y 54. Cuando lo trasladaron a Arana, el predio quedó convertido en un espacio vacío sin uso definido. Durante un tiempo, el colectivo 307 llegó a atravesarlo antes de que ese paso, la avenida 51, se cerrara definitivamente. En los planos figuraba como “Plaza Sarmiento”, aunque para los vecinos siempre fue “el regimiento”.

Con los años se instalaron allí dos escuelas. Wuilfredo terminó dando clases en una de ellas. Aunque hoy se la conozca como Escuela Media N° 13, para él ese lugar conserva la memoria del regimiento. Más adelante, al crecer la matrícula, la institución obtuvo un edificio propio en 22 entre 48 y 49 y fue renombrada “Soldados de Malvinas”. Wuilfredo trabajó como docente en ambas sedes, en un paisaje que cambiaba sin perder del todo sus marcas originales.

Y sin embargo, el chico jodón y ruidoso de la primaria y la adolescencia tenía otra cara que pocos conocían. Esa versión apareció con nitidez en los recuerdos de José Luis Labayén, compañero de Ricardo en el servicio militar obligatorio y en Malvinas. Para Labayén, Ricardo era tranquilo, callado, de perfil bajo, un compañero que pasaba desapercibido y al que no se le conocían bromas ni excesos. No era contradicción: era la madu-

rez que llegó con el Servicio Militar Obligatorio y, más tarde, con la crudeza de la guerra.

En 1981 hicieron juntos las primeras instrucciones en San Miguel del Monte, con 45 días de campo. Luego volvieron a La Plata y sus recorridos se separaron: a José Luis lo asignaron como asistente del segundo jefe del Regimiento 7; Ricardo quedó haciendo guardias en la compañía. Con la baja del 82 volvieron a distanciarse. Pero en abril, cuando los reincorporaron por la guerra, se reencontraron y quedaron en el mismo grupo de radar terrestre, una unidad chica de apenas nueve soldados.

Durante los casi 70 días que pasaron juntos en las islas se volvió a tejer una cercanía profunda: lloraron, tuvieron miedo, extrañaron a sus familias. También pasaron hambre. José Luis relató cómo iban, de a dos o tres, hasta los galpones del Royal Marines en Wireless Ridge y se las ingenian para robar pequeñas provisiones: queso, dulce de batata en lata, yerba, azúcar, un cajón de manzanas. Se ofrecían a ayudar en la descarga de los camiones y, mientras el conductor se distraía, escondían lo que podían detrás de alguna piedra. Despues administraban la comida entre todos: un pedazo de queso a la mañana, otro a la tarde, la leche en polvo diluida en agua de charco. Nadie se guardaba nada para sí. Fue un pacto silencioso de supervivencia y compañerismo.

En Wireless dormían juntos en un refugio improvisado con turba y chapa, sin horarios claros para despertarse ni garantías de recibir comida. José Luis bajó 18 kilos. Ricardo también estaba muy flaco. Al hambre, se sumaba el miedo. Durante el día, la aviación inglesa atacaba. Por la noche, la artillería naval.

Cuando los ingleses desembarcaron en Bahía San Carlos, el grupo fue trasladado a Monte Longdon, un punto alto y estratégico. A partir del 28 de mayo comenzaron los bombardeos más intensos. El 11 de junio por la noche recibieron la orden de no sacarse el correaje. A las 20 horas, la flota inglesa detectó su radar y lo atacó.

La explosión sacó la pantalla de funcionamiento. El bombardeo se mezcló con el avance de tropas que subían a pie por el monte.

Hubo gritos, confusión, combate cuerpo a cuerpo. Luego, un silencio espeso. Recién cuando amaneció pudieron salir a buscar a los suyos. En el grupo de nueve hubo tres fallecidos: Ricardo Herrera, Macedonio Rodríguez (de Burzaco) y Daniel Massad (Banfield).

Días después, como prisioneros, los obligaron a cavar fosas: los argentinos enterraban a los argentinos; los ingleses, a los ingleses. José Luis sepultó a Ricardo.

La noticia llegó de forma confusa a La Plata. El 21 de junio de 1982, la ciudad recibió a la mayoría de los soldados del Regimiento 7. Wuilfredo estaba allí junto a sus amigos del secundario. Ricardo no estaba entre ellos. Esa tarde y esa noche, una multitud se reunió en el predio donde hoy se encuentra la Plaza Malvinas Argentinas, mientras los soldados descendían de los micros en la esquina de 54 y 19. Era una escena atravesada por la ansiedad: familias, amigos, vecinos que avanzaban y retrocedían sin saber qué esperar. A la familia primero le dijeron que había vuelto al continente; luego, que había muerto; mucho después, cómo había ocurrido. La muerte de Ricardo partió a su familia. Para padres y hermanos nada volvió a ser igual. Fue un quiebre que no pudieron elaborar.

Dos soldados bajaron y empezaron a contar lo que sabían. Un compañero del secundario saltó las rejas, y otros lo siguieron, buscando cualquier indicio. Fue entonces cuando se enteraron: Pipo, el Tata para sus amigos del Nacional, también combatiente, había vuelto; Ricardo no. Circularon versiones duras —como la intervención de gurkhas, tropas mercenarias del ejército británico—, pero con el tiempo se supo que había muerto en un bombardeo al radar que había sido trasladado a Monte Longdon en los últimos días del conflicto. En ese ataque perdieron la vida cuatro soldados, entre ellos Ricardo.

La única entrevista pública que la madre de Ricardo, Nieves Barviera, dio sobre su hijo —junto a su hermana Noemí— fue publicada por el diario El Día el 1.^º de abril de 2007. Allí dijo que todavía lo llora y lo recuerda, y que en su casa guarda las fotos como si fueran piezas sueltas de una historia que se resiste a desa-

parecer: la de sus 16 años, las del Colegio Nacional, y la de la entrega de diplomas, donde él aparece con un traje impecable y una sonrisa firme, orgullosa. Lo describieron como un chico sensible, maduro y querido por todos.

En esa misma nota, Nieves habló de las cartas enviadas desde Malvinas. Recordaba al cartero entrando sin tocar el timbre y gritando desde el palier: “¡Islas Malvinas!”, señal de que había llegado un sobre con noticias de Ricardo. Al principio, su hijo intentaba tranquilizarlos y enviaba mensajes llenos de afecto. Pero con el correr de las semanas, aquellas cartas se transformaron en telegramas breves y secos: “Estamos bien, saludos”. Noemí siempre creyó que no estaban escritos por él, sino por algún oficial.

Tras la confirmación de su muerte, fueron sus compañeros del Colegio Nacional quienes impulsaron el primer homenaje. Querían colocar una placa. Hubo debates, se redactaron cuatro versiones del texto y finalmente votaron por una inscripción sencilla. La placa se colocó entre septiembre y octubre de 1982. La familia no asistió; no por distancia, sino por dolor. Con el correr de los años se agregaron otros homenajes: nuevas placas y, finalmente, el patio de 48, que lleva su nombre. A uno de esos actos asistió su madre, y allí le tomaron la única foto junto a una placa sin que ella lo notara.

Su cuerpo fue uno de los 112 enterrados como NN en el Cementerio de Darwin, bajo la leyenda “Soldado argentino solo conocido por Dios”. Desde 2003, un grupo de familiares comenzó a viajar a las islas. En ese primer viaje, su madre contó que al pisar el suelo sintió que él le hablaba, como si la esperara desde hacía años. En 2017, gracias a la labor humanitaria del ex combatiente Julio Aro junto al Equipo Argentino de Antropología Forense, los restos enterrados sin sus nombres fueron localizados mediante análisis de ADN. La cruz que hoy lleva su nombre cerro solo un trámite administrativo: la historia había quedado abierta mucho antes.

A la distancia, lo que quedó no son las fechas ni las versiones contradictorias, sino la constelación de gestos que se fueron

transmitiendo entre amigos, docentes y familiares: la zurda precisa, el humor desbordado, la facilidad para los números, el Falcon gris, el cartero gritando “Islas Malvinas”, la madre que viaja décadas después y siente que él le habla. No alcanza para completar una vida, pero sí para comprender la marca que dejó. Una marca hecha de presencias breves que, sin proponérselo, siguen organizando la memoria de quienes crecieron con él y de quienes lo encontraron después, ya convertido en recuerdo.



José Luciano Romero

Información recopilada por

Lautaro Pintos, Natasha Sosa, Brisa
González y Tiziana Defranza

Colegio Benito Lynch

La historia inconclusa

Hay vidas cuya huella se vuelve difícil de seguir. No porque hayan sido menores, sino porque quedaron dispersas, escondidas en los silencios de la pobreza, la migración y la guerra. La historia de José Luciano Romero es una de ellas. Al reconstruirla, aparecen huecos, retazos, escenas sueltas. Y sin embargo, en esos fragmentos se advierte la intensidad de una vida corta y dura, atravesada por responsabilidades tempranas y por un destino que lo llevó, con apenas diecinueve años, al frente más crudo de Malvinas.

José Luciano nació el 19 de marzo de 1963, hijo de Martín Romero y Gabina Jorgelina Franco. Fue uno entre muchos hermanos —tres por parte de sus padres y diez por parte de su madre— en una familia marcada por la precariedad y las distancias. Pasó su infancia en Paso Tala, un paraje rural de Perugorría, Corrientes, sin red eléctrica, donde la escuela era única y el trabajo empezaba temprano. Era común verlo en las plantaciones de choclo y zapallo, combinando estudio y changas para ayudar en la casa. Cuando no estaba trabajando, escuchaba chamamé o caminaba por el pueblo junto a su cuñado, amigo y confidente. En 1980, la búsqueda de oportunidades llevó a la familia a mudarse a La Plata. Se instalaron en Abasto, en la calle 209 entre 523 y 524, y José consiguió trabajo en un frigorífico. Ese empleo —como tantos otros en la historia de quienes migran del campo a la ciudad— duró poco: pronto llegaría el llamado al servicio militar obligatorio, que terminaría marcando el rumbo definitivo.

Realizó su instrucción como conscripto clase 63 en el regimiento

de Monte Caseros, Corrientes, hasta que el estallido de la guerra interrumpió toda rutina. Fue destinado a la Compañía B del Regimiento de Infantería 4, donde se desempeñó como tirador y abastecedor de ametralladora MAG, bajo las órdenes del sargento Juan Domingo Valdez. Desde ese momento, su tiempo dejó de pertenecerle.

La reconstrucción de sus días en las islas depende casi por completo del testimonio de Marcelo Llambías Pravaz, compañero de operaciones. Gracias a él sabemos que el 27 de abril de 1982 llegaron a Puerto Argentino, y que desde el 1º de mayo ocuparon posiciones en el Monte Challenger. Allí resistieron durante gran parte del mes, moviéndose entre noches heladas, ataques británicos y órdenes cambiantes.

Cuando el avance enemigo se volvió inevitable, la sección se replegó al Monte Dos Hermanas. Divididos entre la “hermana sur” y la “hermana norte”, pasaron jornadas enteras subiendo y bajando provisiones bajo fuego enemigo. El 3 de junio se produjo el primer combate directo de la sección. El 6 de junio, en una operación para instalar una faja de minas de manera ofensiva, José integró el pequeño grupo encargado de proteger a los infantes de Marina en la cresta del cerro. Pero los ingleses ya estaban allí. Los detectaron y abrieron fuego. El repliegue fue caótico, en parejas, subiendo el cerro a contrarreloj. José Luciano Romero y Daniel Rodríguez fueron los primeros en intentar trepar y también los primeros en caer.

Su cuerpo nunca fue identificado. Descansa en una tumba del cementerio de Darwin que lleva la inscripción “Soldado argentino solo conocido por Dios”. Como tantos, fue llorado sin cuerpo y recordado sin fotografías que lo ubiquen en la guerra. Durante años, su nombre casi no circuló en La Plata, donde vivió apenas un tiempo. Fue necesario que su hermana levantara una pequeña capilla en su memoria, frente a la casa familiar, para que su historia comenzara a ser nombrada.

Con el tiempo llegaron algunos reconocimientos: una ordenanza municipal en Perugorría que dio su nombre a un pasaje; más tarde, la propuesta del C.E.MA que permitió bautizar con su nom-

bre la calle 209 de Abasto; y un lugar en la biblioteca de la escuela 78 de Melchor Romero. Homenajes dispersos, modestos, que sin embargo lograron algo esencial: que su nombre no se perdiera.

La de José es una historia breve, hecha de fragmentos. Es la última de este libro y, quizás por eso, también una advertencia: hay vidas que la guerra silenció antes de que pudieran dejar demasiadas marcas. Aun así, su rastro está ahí: en el camino de tierra de Paso Tala, en la mudanza a Abasto, en la ametralladora MAG que cargó durante semanas, en la madrugada en que intentó proteger a otros mientras subía un cerro bajo fuego enemigo.

José Luciano Romero murió cumpliendo una tarea imposible, en un frente del que apenas quedaron relatos. Lo poco que sabemos es todo lo que tenemos. Y aun así alcanza para afirmar que su vida —aunque breve, aunque llena de huecos— merece ser contada con la misma dignidad que la de cualquiera de sus compañeros.

